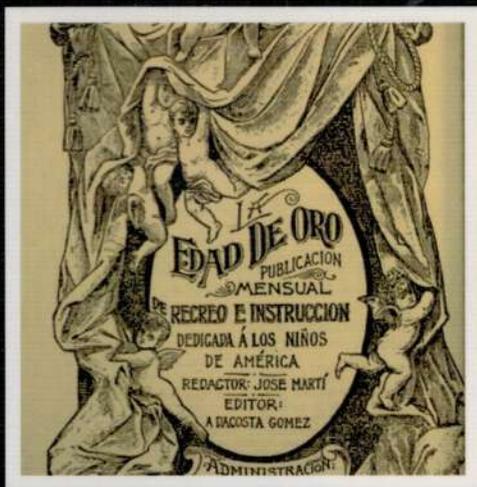


José Martí



La Edad de Oro y otros relatos

Edición de
Ángel Esteban

CATEDRA
Letras Hispánicas

La Edad de Oro

Ilustración de cubierta: Portada de un número de la revista La Edad de Oro © Archivo Anaya

Edición de Ángel Escobar

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2006
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 33.822-2006
I.S.B.N.: 84-376-2323-5
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

Índice

INTRODUCCIÓN 9
Un pequeño gran hombre 13
Los relatos de Martí en el contexto de la literatura de su tiempo 15
Orígenes del cuento hispanoamericano 16
La literatura infantil en el siglo XIX 18
Las fuentes de los relatos martianos 19
Lo que debe aprender el niño: análisis temático 23
El niño frente al reto de la educación 25
Las dos Américas: problemas de identidad 30
La doble acepción de «Naturaleza» 33
Libertad e igualdad: valores absolutos 35
La naturaleza humana entre la ética y la estética 37
Mestizaje y razas indígenas 40
Martí y el concepto de nación 58
Los otros relatos del cubano 66
ESTA EDICIÓN 69
CRONOLOGÍA MARTIANA 71
BIBLIOGRAFÍA 75
LA EDAD DE ORO Y OTROS RELATOS 81
A los niños que lean La Edad de Oro 83
Tres héroes 86
Dos milagros 93

Metique	94
Cada uno a su oficio	111
La <i>Iliada</i> , de Homero	113
Un juego nuevo y otros viejos	126
Bebé y el señor don Pomposo	132
La última página	136
La historia del hombre, contada por sus casas	139
Los dos príncipes	152
Nené traviesa	154
La perla de la mora	159
Las ruinas indias	160
Músicos, poetas y pintores	170
La última página	182
La Exposición de París	183
El camarón encantado	203
El Padre Las Casas	213
Los zapaticos de rosa	223
La última página	228
Un paseo por la tierra de los anamitas	229
Historia de la cuchara y el tenedor	241
La muñeca negra	246
Cuentos de elefantes	254
Los dos ruiñeros	262
La Galería de las Máquinas	273
La última página	275
OTROS RELATOS	279
Hora de lluvia	281
Relatos de necios	286
El hijo pródigo	288
Al amor	290
A la paloma	292
A la cigarra	294
El oso y su dueño	295
Los tres avaros	296
Cuchillo de plata fina	297
El drama	298

Introducción

El año de 1889, cuando yo era niño, me acordaba muy bien de haber leído en la revista *Los Andes* una columna que se llamaba "El extranjero en Chile". En ella se describía a un extranjero que había llegado a Chile para trabajar en la agricultura. El extranjero era un hombre de muy buena familia, que había estudiado en Europa y que había trabajado en el comercio. Él había venido a Chile con el propósito de trabajar en la agricultura y de mejorar su situación económica. Él había comprado un terreno en Chile y había empezado a trabajar en él. Él había trabajado muy duro y había conseguido sacar adelante su finca. Él había conseguido hacerse rico y había regresado a su país con una gran fortuna. Él había sido un extranjero exitoso en Chile.

Esta columna me impresionó mucho porque yo había leído en ella que un extranjero podía hacerse rico en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía mejorar su situación económica en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía trabajar en la agricultura en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía comprar un terreno en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía sacar adelante su finca en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía regresar a su país con una gran fortuna en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía ser un extranjero exitoso en Chile.

Yo me acordaba muy bien de haber leído esta columna porque yo había leído en ella que un extranjero podía hacerse rico en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía mejorar su situación económica en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía trabajar en la agricultura en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía comprar un terreno en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía sacar adelante su finca en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía regresar a su país con una gran fortuna en Chile. Yo había leído en ella que un extranjero podía ser un extranjero exitoso en Chile.

El año a su oficio	111
La vida de Martí	112
El año nuevo y otros vicios	113
Martí y el señor don Pampar	114
La última página	115
La historia del hombre contado por un niño	116
Los dos príncipes	117
Una historia	118
La vida de la mujer	119
Los otros niños	120
Historias, poesías y pinturas	121
La última página	122
El extranjero de París	123
El extranjero extranjero	124
País Las Casas	125
El extranjero de casa	126
La última página	127
Un paseo por la tierra de los encantos	128
Historia de la cachera y el terror	129
La última página	130
Historias de	131
Historias de	132
Historias de	133
Historias de	134
Historias de	135
Historias de	136
Historias de	137
Historias de	138
Historias de	139
Historias de	140
Historias de	141
Historias de	142
Historias de	143
Historias de	144
Historias de	145
Historias de	146
Historias de	147
Historias de	148
Historias de	149
Historias de	150
Historias de	151
Historias de	152
Historias de	153
Historias de	154
Historias de	155
Historias de	156
Historias de	157
Historias de	158
Historias de	159
Historias de	160
Historias de	161
Historias de	162
Historias de	163
Historias de	164
Historias de	165
Historias de	166
Historias de	167
Historias de	168
Historias de	169
Historias de	170
Historias de	171
Historias de	172
Historias de	173
Historias de	174
Historias de	175
Historias de	176
Historias de	177
Historias de	178
Historias de	179
Historias de	180
Historias de	181
Historias de	182
Historias de	183
Historias de	184
Historias de	185
Historias de	186
Historias de	187
Historias de	188
Historias de	189
Historias de	190
Historias de	191
Historias de	192
Historias de	193
Historias de	194
Historias de	195
Historias de	196
Historias de	197
Historias de	198
Historias de	199
Historias de	200

Introducción

El año de 1889 es uno de los más importantes en la vida y en la obra de José Martí, que cuenta sólo con treinta y seis años, y ha desarrollado ya una intensa labor política, literaria, diplomática e ideológica. Su patria, Cuba; su deseo, una América Latina unida e independiente; el lugar de su destierro, Nueva York. Desde un cuarto piso del 120 Front Street, recibe en la oficina los asuntos relativos al consulado de Uruguay, aunque su labor se extiende también a personas de casi todos los países de la América Hispana. Colabora en el club «Los Independientes», recién fundado en Brooklyn por emigrados cubanos, para canalizar la acción revolucionaria que desemboque en la proclamación de la independencia para la Isla. Es corresponsal en varias instituciones y periódicos, como la Academia de Ciencias y Bellas Artes de San Salvador, la Asociación de Prensa Argentina en Estados Unidos y Canadá, *La Opinión Pública* (periódico uruguayo), y trabaja para otros tantos: *The Evening Post*, *El Economista Americano*, *La Juventud*, etc. Desde hace un par de años su pensamiento ha ido madurando y las ideas que lo perfilan son muy claras. La separación política de Cuba con respecto de la metrópoli no es ya un ímpetu juvenil, generado por el ambiente universitario, sino una cuestión existencial, que justifica una autorrealización personal, en la entrega a un proyecto colectivo, cubano, caribeño y latinoamericano. Martí, que desde hace casi diez años vive en los Estados Unidos, se da cuenta de que la guerra es inevitable, y que tiene que fraguarse desde allí, con el apoyo de todos los exiliados y emigrantes, sean civiles o militares. También sabe que, aunque el momento se acerca, no conviene precipitarse: la cabeza debe conducir al corazón.

Pero, sobre todo, Cuba tiene que hacer frente al peor de los enemigos: el del norte. Los intereses yanquis en la situación

estratégica de la América Central y las Antillas no pasan desapercibidos para el diplomático, que observa con verdadero terror los preparativos y desarrollo de la Conferencia Internacional Americana. La idea había sido de Blaine, Secretario de Estado del Presidente Garfield, en 1881, y pretendía reunir «amistosamente» a los representantes legales de los países latinoamericanos para revelarles —sólo entonces— el verdadero propósito anexionista e imperialista de su política. El proyecto cuajó, y en 1889 se dieron cita todas las naciones americanas excepto la isla Dominicana, recientemente agredida por los Estados Unidos, y Cuba y Puerto Rico, que todavía eran colonias españolas. Son varios los actos públicos, a menudo populosos, y los foros literarios y periodísticos donde se expresa en contra de la prepotencia yanqui y a favor de la cuestión latinoamericana: en su artículo «Vindicación de Cuba», del 25 de marzo, luego publicado en folleto aparte con el título *Cuba y Nueva York*, critica la ambición de poder y el individualismo exacerbado de la mentalidad norteamericana, contestando a otro artículo aparecido en el periódico de Filadelfia *The Manufacturer*, en el que se afirmaba que los defectos de los cubanos (pereza, falta de virilidad) son los únicos inconvenientes para la adquisición de la Isla; el 10 de octubre pronuncia un discurso en el Hardman Hall de Nueva York. En el mismo lugar, mes y medio más tarde, diserta nuevamente a propósito de una fiesta en honor del poeta José María Heredia. Para culminar el año, pronuncia un discurso pocos días antes de la Navidad en los salones de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de Nueva York, al que asisten todos los Delegados presentes en la Conferencia Internacional Americana.

1889. El agitador de las masas, el *hombre para todo* de los diferentes consulados, ese que apenas puede ofrecer un refugio a su timidez, en una época especialmente ajetreada y peligrosa para los destinos de su país, dedica una gran parte de su tiempo a escribir cuentos y relatos diversos. No son los únicos pero sí la mayor parte de su narrativa breve. En España (principios de los 70) había hecho leves incursiones en ese género literario, en 1875 publica uno en México, y en sus cuadernos de apuntes de 1882 y 1894 hay alguna muestra suelta. Sin embargo, el cuerpo fundamental de su narrativa corta se

condensa en una obra, *La Edad de Oro*, profundamente original y con una carga ideológica fuera de lo común, a pesar de su dedicatoria: «a los niños de América». Cuando estamos a un paso de la independencia y el futuro de «Nuestra América» se encuentra peligrosamente comprometido, ¿qué hace un hombre de Estado, rodríguez de un país que está aprendiendo a nacer y crecer, escribiendo literatura fantástica y didáctica? La paradoja está servida.

UN PEQUEÑO GRAN HOMBRE

La Habana es el escenario de su nacimiento el 28 de enero de 1853. Hijo de un militar valenciano, Mariano Martí Navarro, y de una canaria, Leonor Pérez Cabrera, su infancia se debate entre la pobreza económica, la adquisición de las primeras y letras y la necesaria ayuda en las labores de su padre. Ingresa en la escuela y enseguida destaca por sus calificaciones. Conoce a Fermín Valdés, uno de sus mejores amigos, quien le acompañará en alguno de sus proyectos revolucionarios. En la escuela del poeta Mendive (1865) y en el colegio de San Pablo (1867), también con Mendive, se interesa por la literatura, la historia y todo lo relacionado con la independencia de la Isla y la idea de libertad. Como consecuencia de la agitación social protagonizada por el estamento universitario, Mendive es encarcelado, bajo la acusación de vinculaciones independentistas, y tras él todos los jóvenes que se han formado en su órbita: Martí, Valdés, Sellén, etc. Se solicita pena de muerte, y Martí es condenado, finalmente, a seis años de presidio (marzo de 1870). Es seleccionado para trabajos forzados, deportado a la Isla de Pinos y, finalmente, desterrado a España.

En la Península vive cuatro años (1871-1874), dos en Madrid y dos en Zaragoza, tiempo que aprovecha para estudiar Derecho y Filosofía y Letras, conocer a fondo la cultura española, intimar con escritores, políticos, iniciarse en la oratoria política y escribir sus primeras obras: *El presidio político en Cuba* (1871), *La República española ante la revolución cubana* (1873), etc. En Francia, de paso hacia México, conoce a Victor Hugo y, una vez instalado en el continente que le vio nacer, comienza una nueva

vida. Colabora con varios periódicos, para aliviar las penurias económicas de sus padres, instalados en México. En mayo de 1875 se incorpora a la plantilla de redactores de *La Revista Universal*, donde publicará una traducción de *Mes fils*, de Victor Hugo. Ese mismo año estrena su primera obra dramática, *Amor con amor se paga*. Escribe para *El Socialista* y en 1877 imparte clases de literatura en Guatemala y escribe otro drama, *Patria y libertad*. Contrae matrimonio con Carmen Zayas a finales del 77 y publica *Guatemala*, donde recoge sus impresiones sobre el país en el que ha vivido momentos inolvidables. Se traslada a Cuba y en noviembre del 78 nace su hijo José Francisco en La Habana. Desterrado nuevamente a España en 1879 y tras una fugaz estancia en la metrópoli viaja a Nueva York, donde vivirá el resto de sus días, a excepción de una temporada, durante 1881, en Venezuela, donde publicará la *Revista Venezolana* y escribirá su primer libro de poemas, *Ismaelillo*, publicado al año siguiente en Nueva York.

Los años posteriores son los más fecundos de su actividad creadora, diplomática y revolucionaria. Publica en diversas revistas y periódicos de toda América, como *La Opinión Nacional*, *La Nación*, *La América*, *El Partido Liberal*, *La República*, *El Economista Americano*, *La Juventud*, *The Evening Post*, *El Avisador Cubano*, *La Opinión Pública*, etc. Se ocupa del Consulado de Uruguay, pronuncia discursos por todo el país y anima constantemente, en concentraciones multitudinarias de emigrados, a sus compatriotas a secundar la revolución. Prepara, junto con Maceo y Máximo Gómez, el ejército que habrá de enfrentarse al poder español, y contribuye a la creación del Partido Revolucionario Cubano, redactando sus bases. Pero es también una época literariamente fértil. Escribe poco a poco sus *Versos libres*, que se publicarán póstumamente; da a conocer ininterrumpidamente sus artículos de crítica literaria, artística, de costumbres, filosófica, etc.; en 1885 ve la luz su única novela, *Amistad funesta*, retitulada más tarde *Lucía Jerez*. 1889 es el año de *La Edad de Oro* y dos años más tarde publica dos de sus obras maestras: los *Versos sencillos* y el ensayo *Nuestra América*.

Los cuatro últimos años de su vida se caracterizan por la aceleración del proceso revolucionario. Los viajes para recaudar fondos, negociar movimientos concretos y levantar ánimos

se multiplican. El 8 de diciembre del 94 redacta el plan definitivo de ataque a la Isla; en febrero del 95 comienza la guerra y días más tarde firma, junto con Máximo Gómez, el *Manifiesto de Montecristi*, esbozo de la Constitución de la nueva República de Cuba. El 15 de abril, ya en la Isla, es nombrado Mayor General del Ejército Libertador. El 13 de mayo llega a Dos Ríos y seis días más tarde muere en pleno combate.

LOS RELATOS DE MARTÍ EN EL CONTEXTO DE LA LITERATURA DE SU TIEMPO

La producción literaria de Martí es tan relevante como su actividad revolucionaria; lo es en su jerarquía de valores y lo es en el balance final de sus frutos, a un siglo vista de su muerte. Por ejemplo, el 17 de octubre de 1889, en plena actividad diplomática, y comprometido a sacar a la luz una serie más de *La Edad de Oro*, compartía su intimidad con Miguel Tedín. Por sus palabras observamos el cúmulo de obligaciones junto con el lugar que merece el quehacer literario, en unos momentos tan difíciles que incluso impiden el trato que es debido a la familia y los amigos:

Mi madre me llama hijo ingrato, y Ud., con tanta injusticia como ella, me llamará amigo olvidadizo. Dígame moribundo, y estará en la razón, primero porque lo estoy, por las congojas de adentro y las fealdades de afuera, y luego porque han venido a ayudarme a bien morir los muchos quehaceres de octubre, que es el mes político para los cubanos, y lo fue más este año por causas que no pueden desatenderse sin delito, porque cabe apatía en lo que a uno mismo le aprovecha, y es para su bien, pero no en lo que puede preparar el bien de los demás (...). Después *La Edad de Oro*, el artículo diario de México, el consulado, que es un entra y sale en estos días de congresos y delegaciones, y muchas cosas más...¹

¹ José Martí, *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, 2.ª edición, pág. 395. Mientras no se especifique algo distinto, todas las citas de Martí se realizarán dentro del texto, con el número del tomo (romanos) y de la página (arábigos) entre paréntesis, con base en esta edición.

A la vista de estas declaraciones, nunca dejará de sorprendernos que Martí sea, además del estadista imprescindible, uno de los primeros y mejores poetas modernistas, el creador de la primera novela propiamente modernista, el verdadero renovador de la prosa en lengua española en el siglo pasado, con sus artículos de crítica literaria, artística, política, sus cartas, aparte de su talla como orador y autor teatral, y el pionero, en las letras hispanoamericanas, de la narrativa corta dedicada a la instrucción de los más jóvenes, aunque apta para todas las edades.

Orígenes del cuento hispanoamericano

Si bien es el siglo XX el momento de esplendor de la narrativa corta hispanoamericana, que hace de ella un modelo de calidad literaria y fuerza expresiva para todo occidente, los cimientos fueron íntegramente colocados en el siglo anterior. Desde que Poe sentara las bases mínimas para una demarcación de la técnica que debe seguir el cuento literario (brevedad, unidad de acción e impresión, efecto final, lenguaje cuidado y ajustado a la narración, etc.), América y Europa aprenden a separar el género de otros con los que hasta entonces había estado fundido o confundido. En nuestra América tuvo hasta mitad de siglo muchas concomitancias con el cuadro de costumbres, y la huella de Larra, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón estuvo presente en autores de la talla de Fray Mocho, Jotabeche, Guillermo Prieto, etc. También tardó en separarse de la novela, a juzgar por algunos de los títulos de la época: Altamirano, en sus *Cuentos de invierno*, escritos a finales de los 60, se acerca más a la novela, así como Juan León Mera, incluyendo novela y cuento en su obra *Novelitas ecuatorianas*². No obstante,

² Cfr. Juana Martínez, «El cuento hispanoamericano del siglo XIX», en VV. AA., *Historia de la literatura hispanoamericana*, t. II, coordinado por Luis Iñigo Madrigal, Madrid, Cátedra, 1987, pág. 229.

te, las primeras muestras del género pertenecen a los años 30. José María Heredia (cubano, 1803-1839) publica en periódicos de la época sus *Cuentos orientales* (1829-1832) y Esteban Echeverría (argentino, 1805-1851) escribe entre 1838 y 1840 *El matadero*, una de las obras cumbre —con ser la primera— de la cuentística hispanoamericana del XIX, no bien difundida hasta 1871, cuando se publicó en la *Revista del Río de la Plata*.

A partir de esos primeros vestigios, la narrativa corta va adquiriendo paulatinamente más solidez y diversidad, y el cuento, en sus diferentes subgéneros temáticos (sentimental, fantástico, social, histórico) crece casi paralelo a la novela, en temas, estilo, conciencia de género y prestigio literario, acompañado por la leyenda y la tradición, género éste último creado por Ricardo Palma y bien diferenciado del resto de los tipos de relatos cortos. Pero llega el modernismo y con él la primera aceleración fuerte en el proceso de crecimiento del cuento hispanoamericano. Los quince últimos años del XIX y los primeros del XX constituyen una treintena memorable en las letras de la América Hispánica, verdadera antecámara del «boom» de la narrativa corta de mitad de este siglo. Las dos generaciones de narradores modernistas (la primera compuesta por José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, Rubén Darío, Amado Nervo, Manuel Díaz Rodríguez y Leopoldo Lugones, casi todos y sobre todo, también, poetas, y la segunda compuesta por Enrique López Albújar, Rufino Blanco Fombona, Horacio Quiroga, Rafael Arévalo Martínez, Alfonso Hernández-Catá y Ricardo Güiraldes, más específicamente narradores)³ llenaron de originalidad las páginas literarias de la época finisecular, al mejorar las estructuras de los relatos, proponer contenidos nuevos, enriquecer el lenguaje, llenarlo de recursos poéticos, profundizar en la caracterización de los personajes, ampliar los puntos de vista de la narración y desarrollar temas novedosos.

³ Cfr. Enrique Pupo-Walker, «El cuento modernista: su evolución y características», en VV. AA., *Historia de la literatura hispanoamericana*, op. cit., pág. 515.

Hasta el siglo XIX, el cuento siempre fue un género menor. Poe consiguió, teorizando acerca de él y practicándolo con maestría, elevarlo a categoría literaria en el ámbito anglosajón, y medio siglo más tarde, Horacio Quiroga hizo otro tanto en el hispánico. Sin embargo, fue Martí quien preparó una tradición y despertó el interés de todo tipo de público por el cuento infantil. En Europa, el parisino Perrault, bien situado en la corte de Luis XIV, había recogido en 1697 multitud de cuentos populares, de carácter infantil, que sobrevivían en la tradición oral, y los había publicado bajo el título de *Narraciones o cuentos de un tiempo pasado*, como lo había hecho también Basile en Italia poco antes. En el siglo XVIII Rousseau mantiene despierta la atención hacia el niño en el programa educativo de su *Emilio* (1762), obra centrada —como las *opera omnia* del ginebrino— en el recurso a la naturaleza y la aventura, a través del elemento popular. Para Rousseau explicar la bondad natural del hombre, no impregnado todavía de los males que acarrea la sociedad, era fácil desde la perspectiva de las edades tempranas. En el siglo siguiente son ya muchos los autores que recogen ese testigo, cuya procedencia es doble: los temas, el estilo y el tipo de personajes vienen de Perrault, y el sesgo ideológico, ya romántico, de Rousseau. Son, entre otros, los hermanos Grimm, Amicis (el italiano, autor de *Corazón*, sobre quien Martí proyectó escribir un libro), Lewis Carroll (Charles Lutwidge Dodgson), Julio Verne, Laboulaye, el ruso Pushkin, el estonio Kreutzwald y, por supuesto, el indiscutible Andersen, de quien Martí aprovecha las mejores páginas, y cuya influencia entre sus contemporáneos todavía no ha llegado a delimitarse con precisión, debido a su extraordinaria fortuna literaria en la Europa decimonónica.

España, sin embargo, apuntaba hacia otro tipo de literatura, más realista, y Martí no tuvo en su propia lengua elementos suficientes para inspirar su obra. El niño aparece en nuestra literatura casi siempre como algo pasajero o secundario, y los pícaros, por ejemplo, son niños obligados por las circuns-

tancias a crecer por dentro en el período de la niñez, y manifestarse enseguida como adultos. Las revistas españolas para niños en el XIX carecían de pretensiones literarias y, si alguna vez lo intentaban, permanecían en un estilo realista, cargadas de pedagogía directa y rancia, y henchidas de moralina fácil. El ejemplo de *Los Niños*, publicación periódica subtitulada *Conferencias Infantiles*, basta para demostrarlo. Ahí, autores de la talla de Fernán Caballero (seudónimo de Cecilia Böhl de Faber) publican cuentos desprovistos de la más mínima calidad literaria y efecto pedagógico positivo. Algo parecido ocurre en nuestra América, a juzgar por los comentarios que aparecen en la obra *Bibliografía de la literatura infantil cubana, siglo XIX*⁴. Lo cierto es que la literatura infantil de la época, incluida en ocasiones la de los grandes autores europeos, aunque sirviera para distraer al niño, no era capaz de estimular sus capacidades intelectuales, transmitir adecuadamente ideas o enseñanzas éticas, reproducir los esquemas infantiles de adquisición de experiencias vitales o procesos cognoscitivos, desarrollar la imaginación con vistas a la futura creatividad, sembrar inquietudes, y más bien servía para adormecer las mentes de los lectores, provocar la evasión inútil, evitar simplemente la ociosidad o trasladar la imaginación a la esfera de lo irreal.

Las fuentes de los relatos martianos

Por eso Martí cuidó mucho la selección de sus fuentes literarias para llevar a cabo una obra de calidad. Una década antes de publicar *La Edad de Oro* ya había colaborado en una empresa similar. La revista se llamaba *La Niñez*, estaba dirigida por Fernando Urzais y en la nómina de autores se localizaba a José Martí en primer lugar, junto con otros escritores de la talla de Mendive, Varona o Bachiller y Morales. Los modelos inmediatos, sin embargo, de *La Edad de Oro* son algunas

⁴ Publicada en La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, Dpto. Juvenil, 1969. Cfr. Elena Jorge Viera, «Notas sobre la función de *La Edad de Oro*», *Universidad de La Habana*, 198-199 (1973), págs. 39-56.

revistas norteamericanas de la época, mucho mejor concebidas en todos los sentidos. Martí fue un hombre que admiraba lo bien hecho, llegara de donde fuera. El antiimperialismo y los frecuentes choques de mentalidad con la sociedad norteamericana no cegaban sus ojos a realidades innegables. Los Estados Unidos tenían aspectos dignos de admiración, como el educativo, la idea de progreso, el amor al trabajo, algunos puntos de la organización social y, en este caso, varias publicaciones destinadas al público más joven, como la *Harper's Young People*, *The Youth's Companion* o *St. Nicholas*. Y fue probablemente esta última la que más directamente sirvió como base para Martí, pues pertenece a la misma época —siendo un poco anterior la norteamericana—; en algunas ocasiones cita el cubano personajes creados por los autores de *St. Nicholas* y coinciden en propósitos y motivaciones⁵. *La Edad de Oro* fue concebida, también, como una revista, mensual, para recreo e instrucción de menores, compuesta por diversos relatos, de tipo fantástico, histórico, social, cultural, y terminó siendo una de las obras clave del género en la literatura occidental, sobre todo después de publicarse como libro de conjunto, por primera vez en 1905, en el volumen V de las obras del maestro, gracias a Gonzalo de Quesada y Miranda, y todavía más a partir de 1932, publicada en La Habana por Emilio Roig de Leuchsenring.

Si bien la revista norteamericana *St. Nicholas* entregó a Martí una idea de conjunto, las fuentes concretas de cada relato son diversísimas y muy adecuadas a los propósitos de la publicación. De las veintitrés piezas que componen la obra, sólo seis son creaciones absolutamente originales, aunque entre ellas se encuentran algunas de las obras mejor concebidas y de mayor calidad literaria: se trata de tres composiciones en verso y otras tres en prosa. «Dos milagros» y «La perla de la mora», de apenas ocho versos, y «Los zapaticos de rosa», algo más amplia, ofrecen diversos argumentos en verso, cada uno

⁵ Cfr. Silvia A. Barros, «La literatura para niños, de José Martí en su época», en José O. Jiménez (ed.), *Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana*, Nueva York, Eliseo Torres & Sons, 1975, págs. 107-109.

con su conclusión final, los cuales no pierden fuerza ni capacidad comunicativa, a pesar de la brevedad del relato. Los cuentos en prosa «Bebé y el señor don Pomposo», «Nené traviesa» y «La muñeca negra» tienen el inconfundible acento martiano, y tanto la elaboración formal como el trasfondo ideológico los convierten en unidades insoslayables para explicar los comienzos de la narrativa corta modernista.

Las diecisiete narraciones restantes tienen origen conocido, y basculan entre la fuente literaria, la histórica y la sociocultural. Tres son los artículos históricos, referidos al pasado americano, cada uno de los cuales quema una etapa en la historia de la América Hispánica: el pasado precolombino corre a cargo de «Las ruinas indias», el relativo a la conquista lo ocupa «El Padre Las Casas», y el más cercano y glorioso relata la historia de la independencia americana gracias a los «Tres héroes»: Bolívar, San Martín y el cura Hidalgo. Aunque el estilo de estas piezas difiera del de las anteriores y haya rasgos propios de la narración histórica mezclados con los del cuento literario, Martí aclara en la última línea de «Las ruinas indias»: «¡Qué novela tan linda la historia de América!» (pág. 169)⁶, estableciendo así un principio pedagógico por el cual una materia ardua puede ser digerida por el público más difícil, si se le sirve en un recipiente bello, literario.

Las fuentes socioculturales son también muy variadas y amenas. Tres giran en torno a uno de los grandes acontecimientos del año, la Exposición Universal de París, con la Torre Eiffel como novedad atractiva, y a su alrededor los pabellones de los distintos países. Son «La Exposición de París», «La historia del hombre, contada por sus casas» y, el más anecdótico, «La Galería de las Máquinas». No estuvo ese año el cubano en París, pero describe el lugar y relata anécdotas como si hubiese visitado a conciencia el lugar. Probablemente, su fuente de inspiración fue un libro de Henri Parville sobre el tema, publicado el mismo año 1889⁷. El relato «Un pa-

⁶ Las citas de los cuentos de *La Edad de Oro* se realizarán siempre en el texto, sobre la base de esta misma edición.

⁷ Herminio Almendros, *A propósito de «La Edad de Oro»*. *Notas sobre literatura infantil*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972, pág. 9.

seo por la tierra de los anamitas» comienza con un cuento de la tradición hindú y continúa describiendo costumbres actuales de ese pueblo oriental. En «Un juego nuevo y otros viejos» también son costumbres, en este caso acerca de determinadas formas de diversión de diferentes pueblos. «Cuentos de elefantes» hace un recorrido por las tierras de África para llenar de anécdotas el tema de la caza de elefantes, oscilando entre la crueldad de los métodos y la valentía de los aventureros; la presencia del dato concreto y el estilo realista no apagan el interés de la narración, conduciéndola magistralmente hacia la narrativa de ficción. Otro tema cultural que adquiere categoría literaria, superando el tono del mero documental, es la «Historia de la cuchara y el tenedor», que huye de la frialdad del estilo científico, pero logra explicar con exactitud y concisión el proceso de producción de los utensilios clásicos con los que el hombre occidental se alimenta. Por último, en «Músicos, poetas y pintores» ofrece unas breves pinceladas sobre la vida y la obra de los artistas más sobresalientes en esos tres campos, aunque aquí hay una fuente más concreta y directa que en alguno de los anteriores: el libro del inglés Samuel Smiles *Life and Labour*, de 1887, sobre todo de su capítulo tercero, «Niños famosos».

Las seis piezas que faltan para completar la obra declaran dentro del mismo texto el origen del préstamo, en todas ellas literario, y de la más alta consideración. «La *Iliada*, de Homero» lo hace en el propio título, y es una recreación, esquemática, de la guía argumental de la obra clásica. Las demás pertenecen a autores contemporáneos de Martí, y son dos historias en verso y tres en prosa. Las rimadas pertenecen a autores norteamericanos: «Cada uno a su oficio», de algo más de veinte versos, es subtítulo de Martí como «Fábula nueva del filósofo norteamericano Emerson», el poeta, pensador y líder religioso del trascendentalismo estadounidense, que dio a Martí mucho más que una idea para una fábula en verso, a juzgar por el número de veces que es citado por el cubano en sus obras completas y la semejanza en ciertas concepciones del universo, de la cuestión moral y la misma poética. El otro poema descriptivo, algo más largo, «Los dos príncipes», también descubre la fuente en el subtítulo: «Idea de la poetisa

norteamericana Helen Hunt Jackson», de la que dos años antes había traducido su novela *Ramona*, interesante para Martí porque daba cuenta, junto con otras obras maestras del género (*Atala*, *Aves sin nido*, *Cumandá*, *Guatimozín*, *Enriquillo*, etc.) de la presencia cada vez más clara del indio en la literatura occidental, desde la perspectiva del abolicionismo, como hiciera Stowe con *La cabaña del tío Tom*, detalle que no pasó desapercibido para Martí en el prólogo a la traducción. Y los tres cuentos en prosa son versiones o ideas de autores clásicos de la literatura infantil: de Andersen elige «Los dos ruiseñores», en versión libre, y de Laboulaye «Meñique» y «El camarón encantado», de claro origen popular y folclórico, siendo el último una versión que a su vez el escritor francés había hecho de una traducción alemana del original estonio del folclorista Kreutzwald.

LO QUE DEBE APRENDER EL NIÑO: ANÁLISIS TEMÁTICO

El primer número de la revista salió en julio de 1889, y el último en octubre. Durante esos meses, aunque ya lo venía preparando desde antes, dedicó gran parte de su tiempo a escribir, adaptar, traducir, editar, etc., la publicación mensual que sólo tuvo cuatro números y que murió por falta de entendimiento con su editor, el portugués A. Da Costa Gómez, el cual la había apoyado desde el principio, había puesto su dinero, junto con tres empresas norteamericanas que se anunciaban en ella, y había dejado que el cubano cubriese por entero las treinta y tantas páginas de cada número.

Y a principio de agosto, poco después de haber salido el primer número, en una conocida carta a su amigo Manuel Mercado, intenta justificar su dedicación a esa empresa. Cuánta gente se habría hecho la misma pregunta que apuntábamos en las primeras páginas, por dos motivos: primero, por la utilización para la *literatura* de un tiempo siempre escaso de servicio al ideal revolucionario, y segundo, por el tipo de *literatura*, es decir, un género sin prestigio, como es el cuento, para un público —el infantil— que, en principio, no necesita, ni valora, ni está acostumbrado al supuesto nivel que un

escritor de calidad debe tener. Pero Martí convence. El mismo explica cómo aquellos que habían desconfiado de su empresa se han encontrado con una agradable sorpresa:

Los que esperaban, con la excusable malignidad del hombre, verme por esta tentativa infantil, por debajo de lo que se creían obligados a ver en mí, han venido a decirme, con su sorpresa más que con sus palabras, que se puede publicar un periódico de niños sin caer de la majestad a que ha de procurar alzarse todo hombre (XX, 146).

Pero Martí no buscaba la admiración de los críticos y entendidos, sino efectos mucho más profundos, comenzando por aquellos que no se publican, ni se dan a entender, ni se cuentan si no es en la intimidad. Martí ha de dar, en primer lugar, un paso más en la propia maduración existencial. Sabe que su *yo* tiene una doble necesidad de proyectarse: en *sí mismo*, la realización personal relativa al crecimiento, como expresa, por ejemplo, en el comienzo de «Músicos, poetas y pintores», al sentenciar: «Cada ser humano lleva en sí un hombre ideal, lo mismo que cada trozo de mármol contiene en bruto una estatua tan bella como la que el griego Praxiteles hizo del dios Apolo» (pág. 170); es el paso del *ser dado* —como se nace— al *ser pleno* —como se es cuando se han desarrollado todas las capacidades posibles—, y en *el otro*, entendiendo por tal todo aquello con lo que se pueda identificar, a lo que se pueda entregar, etc., y que contribuya a su realización existencial, sea una persona, un lugar, un ideal; «Enseñar es crecer» (XX, 216), dirá años más tarde a su pequeña hija María Mantilla en una carta.

Y es consciente de que las ideas de aprendizaje e identificación han de calar en la juventud de América como lo hicieron en él, porque el único modo de construir su proyecto político es por medio de la educación entendida como concienciación. Transmitir eso es ser útil y, por tanto, realizarse. Además, el cubano no distingue demasiado entre teoría y praxis, un poema y un disparo, una reunión diplomática y un cuento para niños, por eso termina su artículo sobre los cuentos de Rafael de Castro diciendo que «es más que un libro: es

una buena acción» (V, 111), y por eso sintetiza su pensamiento, su proyecto vital y su obra literaria, en la misma carta a Mercado del 3 de agosto, definiendo *La Edad de Oro* como «una empresa en que he consentido entrar, porque, mientras me llega la hora de morir en otra mayor, como deseo ardentemente, en ésta puedo al menos, a la vez que ayudar al sustento con decoro, poner de manera que sea durable y útil todo lo que a pura sangre me ha ido madurando en el alma» (XX, 146). La *otra mayor* es, evidentemente, la guerra final de independencia, que ya veía cercana, y en la que intuyó, prefigurada, su muerte en muchas ocasiones. Tan necesaria era como la publicación de los cuentos de niños. De nada sirve ganar una guerra si la juventud no sabe qué se es, qué se ha sido y cómo se ha de ser. Con mucha agudeza, un gran poeta, contemporáneo suyo, iniciador —como Martí— del modernismo, dijo de *La Edad de Oro* nada más ser publicado el primer número:

El trabajo que en él se emprende y cumple es el trabajo del alba: despertar. Pero, despertar suavemente; despertar besando... como ella⁸.

El niño frente al reto de la educación

No es la primera obra dedicada a los niños que escribe Martí. Siete años antes, un pequeño libro de poemas, *Ismaelillo*, había abierto los caminos del modernismo. Dedicado a su hijo, de corta edad, confiesa en el prólogo que «Espantado de todo, me refugio en ti» (XVI, 17). La infancia es refugio, pero también baluarte de esperanzas, como indican las siguientes palabras: «Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti» (XVI, 17). Son los mismos temores y las mismas ilusiones que gravitan en torno a *La Edad de Oro*. Para Martí, el niño es el futuro, pero ese futuro es el del mejoramiento humano y el de la virtud. Para con-

⁸ Manuel Gutiérrez Nájera, «La Edad de Oro», *El Partido Liberal*, México, 23 de septiembre de 1889, pág. 1.

seguir los fines que persigue (libertad, búsqueda de la verdad, americanismo, utilidad, independencia de Cuba, desarrollo, vuelta a la Naturaleza) hay que educar al niño adecuadamente. En México, al volver de España en 1875, sigue las reformas educativas del continente latinoamericano. Pero es en los Estados Unidos, a partir de los años 80, donde solidifica y asienta su ideario pedagógico. Aprende mucho del sistema educativo norteamericano y, al compararlo con el de muchos países de nuestra América, saca conclusiones. En septiembre de 1883, afirma en *La América* de Nueva York:

En nuestros países ha de hacerse una revolución radical en la educación, si no se les quiere ver siempre, como aún se ve ahora a algunos, irregulares, atrofiados y deformes, como el monstruo de Horacio: colosal la cabeza, inmenso el corazón, arrastrando los pies flojos, secos y casi en el hueso los brazos (VIII, 279).

Y por esas mismas fechas, como quien lo tiene bien pensado, madurado, y listo para ser puesto en práctica, propone su concepto de educación, al compararlo con la idea tradicional. No es coincidencia que lo haga, precisamente, para prologar o reseñar un libro de cuentos. Este texto da continuidad al pensamiento martiano sobre la educación infantil, ya que desde la primera tentativa editorial a finales de los 70 hasta *La Edad de Oro*, su preocupación por la pedagogía y predilección por el género narrativo corto confieren unidad y consistencia a un proyecto que desea perpetuarse. «Por educación —dice en el prólogo al libro de cuentos de Rafael de Castro— se ha venido entendiendo la mera instrucción, y por propagación de la cultura la imperfecta y morosa enseñanza de modos de leer y escribir. Un concepto más completo de la educación pondría acaso rieles a esta máquina encendida y humeante que ya viene rugiendo por la selva, como que trae en sus entrañas los dolores reales, innecesarios e injustos de millones de hombres» (V, 102). Y a continuación ofrece un párrafo donde descende a detalles, muchos de los cuales serán la base para *La Edad de Oro* y el resto de su obra educativa, si bien al principio del artículo ha comenzado a hacerlo, cuando expli-

ca qué tipo de educación contribuye al desarrollo de los pueblos, y tiene más carácter de progreso que el mismo progreso:

La educación suaviza más que la prosperidad: no esa educación meramente formal, de escasas letras, números dígitos y contornos de tierras que se da en escuelas demasiado celebradas y en verdad estériles, sino aquella otra más sana y fecunda, no intentada apenas por los hombres, que revela a éstos los secretos de sus pasiones, los elementos de sus males, la relación forzosa de los medios que han de curarlos al tiempo y la naturaleza tradicional de los dolores que sufren, la obra negativa y reaccionaria de la ira, la obra segura e incontestable de la paciencia inteligente (V, 101-102).

Partiendo de esos presupuestos, los escritos martianos de los años 80 se llenan de alusiones acertadas al problema educativo, pensando en la idiosincrasia particular del pueblo latinoamericano. Martí alude a la necesidad de fortalecer las más altas reservas morales y enseñar que la libertad es el mayor bien que el hombre puede poseer, y por el que hay que luchar, si es necesario, hasta la muerte. Eso significa elevar al sujeto, darle autonomía, dejarle crecer, formar hombres, que sean aptos para desenvolverse en la praxis mejor que en la teoría. En ese sentido, hace una llamada especial a la formación del indígena, como paso previo para el igualitarismo social y necesario para el desarrollo total de los pueblos. Aboga por una enseñanza que elimine el aprendizaje memorístico y estimule las inteligencias. Al hombre hay que ponerlo a solas consigo mismo, y sacar de él todas sus potencialidades. Anima a utilizar el espíritu crítico, método constante no sólo de aprendizaje sino también medio específico para conseguir mejoras en la vida personal, familiar y social. Si es necesario, la crítica debe desembocar en la revolución. Por supuesto, Martí señala también métodos concretos, aparte de las ideas-madre, en los terrenos de la enseñanza primaria, la educación universitaria, el trabajo en la fábrica, el cultivo de la tierra, la labor intelectual, la dedicación a las artes o la literatura, el estudio de la propia historia americana, el conocimiento de todo lo autóctono, el servicio a la colectividad por medio de la política o el ejército.

Consideración especial merecen las ideas martianas sobre la educación infantil, y su práctica en *La Edad de Oro*. Para llegar al niño sólo hay dos maneras: llamar su atención o poner delante de él sus propios esquemas psicológicos, muy distintos de los del adulto. Las publicaciones de la época remitían al primer caso, y llevaban al lector fuera de la realidad que lo circunda. Martí consigue entrar en la psicología infantil, debe hacerlo, porque al niño no hay que negarle la realidad, sino presentársela de modo que la pueda entender. ¿Cómo aspirar, si no, a que participen de los grandes problemas de América, como el racismo (en «El Padre Las Casas»), la desigualdad social, la pobreza (en «Los zapaticos de rosa», «La muñeca negra», «Los dos príncipes»), la libertad (en «Tres héroes») o problemas universales como la bondad moral y las virtudes (en «La perla de la mora», «Cada uno a su oficio», «Nené traviesa», «El camarón encantado»), la muerte, tan presente en muchos cuentos, etc.? Se trata de despertar la conciencia del niño, darle un vaho de ideas anterior a las mismas ideas, como se le da alimento triturado o líquido antes de darle carne, provocar que descubra verdades, hablarle con la claridad que demanda. Fina García Marruz ha escrito a este respecto unas páginas memorables, volcando el énfasis en el modo de penetrar en la psicología infantil:

Esto no puede lograrlo la buena voluntad —así esté asistida de sincero amor a los niños— sino la poesía (...). Un niño siempre gustará más de un poema que no entienda del todo que de otro hecho sólo para que lo entienda (...). *La Edad de Oro*, y es su principal mérito, parte de este profundo respeto al niño, alterna lo que él puede comprender y lo que, quizás, no puede comprender del todo, pero que por lo mismo le abre el deseo del conocimiento (...). Lo primero que advierte Martí es que los niños saben mucho más de lo que parece (...). El niño casi siempre se asombra en secreto de que los demás los crean tan pequeños como de veras son (...). Lejos de decirles cosas infantiles con un lenguaje de adulto, les copia su pintoresco y gráfico lenguaje para decirles cosas profundas y bellas⁹.

⁹ Fina García Marruz, *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969, págs. 294-295.

Cosas profundas y bellas. La verdades se enriquecen con la belleza. Por eso la de Martí es una obra de arte, no sólo formativa o informativa. La forma bella educa, implícitamente, en sí considerada, y debe estar equilibrada con el caudal ideológico. Enseñar deleitando, pero no fríamente, al estilo del siglo anterior, sino encontrando en el deleite una vía para la enseñanza. Y así también, la fantasía, la magia, el juego, estarán al servicio de la pedagogía. Por eso, la suerte de Meñique no es tal, sino manifestación exterior de una belleza y bondad interiores. Es la fuerza de lo indirecto. No deben exponerse las verdades tal cual, sino indirectamente, a través de las imágenes, la forma, el color, los adjetivos, llamando a los sentidos, fragmentadamente, para que el niño elabore y sintetice. He ahí el papel de lo literariamente adecuado.

Hay dos elementos, especialmente valiosos, en la forma martiana dirigida al público infantil: la particular ordenación gramatical y la utilización de términos-clave y palabras-guía repetidos en posiciones estratégicas. En general, si comparamos el resto de la extensa prosa del cubano con los relatos de *La Edad de Oro*, observamos que aquí ha desaparecido la amplitud de la frase propia del fin de siglo, la gran cantidad de períodos subordinados en disposición de hipérbaton y los neologismos apenas rescatables por la lógica o un nivel cultural medio. La sintaxis es lineal, fluida, ordenada, sin interrupciones, con abundancia de conjunciones copulativas, más propias del lenguaje infantil. La presencia de términos-clave y palabras-guía fue una aportación de un gran experto en esta obra martiana, Salvador Arias¹⁰, en el contexto del relato «Tres héroes», pero aplicable a la mayoría de los cuentos de Martí. Según él, se puede descubrir la estructura del relato y su carácter pedagógico entresacando las palabras más repetidas y observando su posición y la relación con las otras palabras relevantes. Así, los conceptos que Martí quiere dejar claros en la mente del niño son asimilados con rapidez y sin apenas esfuerzo. Todo esto es parte de un plan concienzudo, una ver-

¹⁰ Salvador Arias, «Martí como escritor para niños», en *Búsqueda y análisis. Ensayos críticos sobre literatura cubana*, La Habana, Cuadernos de la revista «Unión», 1974, págs. 58-88.

dadera estrategia pedagógica, que está en la base de cada relato y responde a un proceso que se genera en la misma concepción de la obra, y continúa en la redacción y ejecución de cada pieza. Este plan tiene cuatro fases¹¹:

1. Definición de una serie de elementos educativos, para ser posteriormente llevados a las páginas de la revista.
2. Reiteración de esos elementos educativos, presentes en todos los relatos.
3. Ordenación de esos elementos, que aparecen como esenciales en algunas narraciones y colaterales en otras.
4. Variación de enfoques de esos elementos educativos, presentando en cada ocasión los aspectos más oportunos de su carácter pedagógico.

Pocas veces Martí pone una obra suya como ejemplo; sin embargo, en una carta a su hija María Mantilla afirma el carácter pedagógico de su *Edad de Oro*. Un mes antes de su muerte, en plena campaña militar, escribe a la pequeña dándole consejos para su instrucción cultural:

Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en este español simple y puro. Yo quise escribir así en *La Edad de Oro*; para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música (XX, 217).

Las dos Américas: problemas de identidad

Nuestra América es el título de uno de los ensayos ideológicamente más ambiciosos de Martí, sólo un año y tres meses posterior a la publicación del último número de *La Edad de Oro*, y muy relacionado con ella en presupuestos e intenciones. Con *Nuestra América* Martí se erige en el principal teórico de la *latinoamericanidad*, acuñando además un término que

¹¹ Cfr. Alejandro Herrera, «Algunos criterios sobre la estrategia pedagógica martiana en *La Edad de Oro*», en VV. AA., *Acercas de «La Edad de Oro»*, selección y prólogo de Salvador Arias, La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1989, págs. 383-396.

se sitúa lejos de polémica entre hispanoamericanos, iberoamericanos y latinoamericanos. El concepto de *nuestra América*, cara de una cruz donde se exhibe la *otra América*, distinguidas perfectamente por la idiosincrasia, el idioma, la historia y la estructuración de la sociedad y la cultura, desarrolla, completa y llena de luz el pensamiento independentista y aglutinador comenzado en la obra teórica y práctica de Bolívar y continuado por multitud de pensadores del XIX. Toda *La Edad de Oro* se halla poseída de alusiones, en forma de idea principal o colateral, según los relatos, al modo de explicar o hacer asimilar ese concepto no sólo al niño, sino a cualquier lector de la revista. La suma de lo que hicieron los tres héroes establece los contornos fronterizos de nuestra América, la labor del Padre Las Casas marca un hito en el proceso civilizador del Continente, el relato de la Exposición de París va encaminado a ensalzar lo autóctono y observarlo unido, el de los anamitas sirve como pretexto para afirmar que es necesario conocer la propia historia, etc. Y por si no quedara claro, en las últimas páginas, donde resume y sintetiza el contenido del número, suele volver sobre el problema, sugiriendo, sin imponer, delicadamente. Véase la sutileza, por ejemplo, del final del tercer número cuando, al aludir al artículo sobre la Exposición, que en la edición original va acompañado de láminas ilustrativas, sugiere un sentimiento de solidaridad con todos los pueblos de nuestra América:

Hay que leerlo [el artículo de la Exposición] dos veces: y leer luego cada párrafo suelto: lo que hay que leer, sobre todo, con mucho cuidado, es lo de los pabellones de nuestra América. Una pena tiene *La Edad de Oro*; y es que no pudo encontrar lámina del pabellón del Ecuador. ¡Está triste la mesa cuando falta uno de los hermanos! (pág. 228).

La unidad de nuestra América se asienta sobre la base de una verdadera independencia. Martí ha expresado, al tiempo que publica los cuentos, su inquietud por la Conferencia Internacional de Washington, y afirma que no habrá libertad real hasta que no cese el imperialismo norteamericano. Por eso afirma, rotundo: «De la tiranía de España supo salvar-

se la América Española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia» (VI, 46). Por eso tanto interés en enseñar a la juventud algo que va a afectarles probablemente toda su vida. En otro artículo de las mismas fechas enuncia claramente las dos únicas posibilidades futuras, o «poner sus negocios los pueblos de América en manos de su único enemigo» o «ganarle tiempo, y poblarse, y unirse, y merecer definitivamente el crédito y respeto de naciones, antes de que ose demandarles la sumisión el vecino» (VI, 56).

Martí escribe su obra para el pueblo americano, y con la pedagogía de la repetición estratégica alude a ello de varios modos en el prólogo. Al principio anuncia que se publica *La Edad de Oro* «para que los niños americanos sepan cómo se vivía antes, y se vive hoy, en América, y en las demás tierras» (pág. 83); más adelante, al describir el tipo de colaboraciones que los niños pueden mandar a la revista, insinúa la primera enseñanza moral, que involucra a todo un pueblo: «Así queremos que los niños de América sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros» (pág. 84); y para terminar las palabras introductorias, invita por primera vez al hombre americano a ser solidario en voz alta: es la llamada más temprana a la unidad latinoamericana:

Lo que queremos es que los niños sean felices (...) y que si alguna vez nos encuentra un niño de América por el mundo nos apriete mucho la mano, como a un amigo viejo, y diga donde todo el mundo lo oiga: «¡Este hombre de *La Edad de Oro* fue mi amigo!» (pág. 85).

Esa felicidad de la que tantas veces hablará Martí en sus páginas está ligada a la belleza moral y a la tierra o la naturaleza. En la carta a Mercado de agosto de 1889 ha vuelto a confirmar que su propósito «es llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos na-

cidos por castigo en esta otra parte del mundo (...). A nuestros niños hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América. Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no habría entrado en esta empresa» (XX, 147).

La doble acepción de «Naturaleza»

Evidentemente, la insistencia en la unidad de nuestra América no es una obsesión personal ni un mecanismo de defensa o revancha contra un pueblo opresor, sino una verdadera necesidad de autodefinirse y llamar al progreso desde la propia idiosincrasia. Los tres héroes se dieron cuenta de ello, y por eso eran hombres con *decoro*. Para Martí no basta vivir contento, con la alegría del animal sano y alimentado. El hombre debe vivir con *decoro*, que es una especie de conciencia de la dignidad de ser hombre, de ser libre, de pertenecer a una tierra, de poseer una naturaleza concreta (entendiendo *naturaleza* tanto en el sentido abstracto de *esencia*, modo de ser, como en el sentido concreto, físico, de *espacio natural*) y luchar por unos ideales. Así lo explica Martí:

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Ésos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México (pág. 87).

Existe una *Naturaleza* americana (en el doble sentido, complementario, antes aludido) que ha de imponerse en los modos de actuar, valorar la vida, gobernarse, etc. Para conseguir ese *decoro*, Martí entiende «que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales» (VI, 20), y

el momento de aplicarlos está llegando, ya que, «por la armonía serena de la Naturaleza (...) le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real» (VI, 19-20), que es el *hombre natural*, el que parte de lo autóctono y construye. Por eso, «el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza» (VI, 17).

Estas últimas sentencias, recogidas del ensayo *Nuestra América*, poco posterior a *La Edad de Oro*, en época turbulenta para los destinos de Cuba y del Continente, imponen unos criterios nuevos a la extensa polémica decimonónica sobre la civilización y la barbarie, sobre los modelos sociales, políticos y culturales que el hombre americano debe seguir si desea el progreso. Martí, que es «un hombre sincero / de donde crece la palma» (XVI, 63), asimila la civilización a la naturaleza, a la sinceridad del que creció junto a la palma, y la barbarie a la falsa erudición de lo importado, a la máscara. En la fábula «Cada uno a su oficio», del primer número de la revista, insiste en que no se debe envidiar lo ajeno por el hecho de no poseerlo, y en «La perla de la mora» recoge la amargura de una mujer que se cansó de la perla preciosa que poseía, y sólo después de abandonarla lloró desconsoladamente la pérdida de la propiedad. En «La Exposición de París» afirma, al hilo de varias anécdotas relacionadas con la historia de México, que se debe querer a la tierra en que uno nace con fiereza y con temura (pág. 194), y en los relatos propiamente americanos, como hemos visto, la idea es omnipresente. La naturaleza es también la tierra, en el sentido físico y concreto: esta tierra, que es tratada desde varias perspectivas: gozar la tierra, la comunión con la tierra y la explotación *natural* y racional de la tierra, aspectos que, de igual manera, son susceptibles de ser estudiados y formar parte del proceso educativo del hombre, junto con la ciencia, la técnica o las humanidades:

Puesto que a vivir viene el hombre, la educación ha de prepararlo para vivir. En la escuela se ha de aprender el manejo de las fuerzas con que en la vida se ha de luchar. Escuelas no

debería decirse, sino talleres. Y la pluma debía manejarse por la tarde en las escuelas; pero por la mañana, la azada (XIII, 53).

Y en las líneas que cierran la última página del número final de la revista, como si de una recomendación final se tratase, hace Martí una alabanza de la vida en contacto con la naturaleza: «La vida de tocador no es para hombres. Hay que ir de vez en cuando a vivir en lo natural, y a conocer la selva» (pág. 277).

Libertad e igualdad: valores absolutos

Consecuencia de la necesidad anterior, es decir, de afirmar una *naturaleza propia*, que incluye el nivel individual (el *yo* que quiero ser, y que voy conformando poco a poco en mi particular proceso de maduración o autorrealización), nacional (sentirme miembro de mi país, en este caso Cuba independiente) y de idiosincrasia (la comunidad amplia de nuestra América), como tres círculos concéntricos que se sitúan dentro de un cuarto y definitivo, la *Naturaleza Universal*, donde todo tiene unas leyes, llega otra necesidad, que debe estar presente a la vez en cada uno de los círculos: la libertad. En «La historia del hombre, contada por sus casas» expone Martí que los etruscos, mientras eran una república libre vivieron dichosos, pero al llegar la esclavitud se hicieron viciosos y ricos, como sus dueños los romanos (pág. 149).

Y el momento que vive (la segunda mitad del XIX) es para el cubano el claro ejemplo de la entrada en el mundo del reino de la libertad, como eje fundamental que estructura la religión (véase la influencia que tuvo en Martí el krausismo español, el trascendentalismo norteamericano y el modernismo europeo), la literatura (obsérvense, por ejemplo, su libro *Versos libres* y los postulados de su teoría poética), la vida social y política (la lucha por la libertad en su país es un paradigma de unión de teoría y práctica, también aplicable a otros países de nuestra América y otras regiones del planeta), etc. Martí piensa que la entrada del hombre en la órbita de la libertad, con su *ordenación* especial de todas las cosas, produce la profunda

confianza en la utilidad y la justicia de la naturaleza. El cubano cree en una ley *natural*, basada en el concepto de *libertad*, que destituye las leyes antiguas de funcionamiento de las sociedades. A tiempos nuevos, presupuestos y comportamientos nuevos. «Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía» (pág. 86) dice Martí en la primera página del artículo que inaugura *La Edad de Oro*, invitando al hombre moderno a replantearse un concepto, hasta entonces expresado y vivido de modo diferente. La libertad de pensamiento y de expresión preceden y justifican la libertad de los pueblos. Así, no es extraño que esas palabras den entrada al relato sobre los tres héroes que consiguieron la independencia de nuestra América.

Para ese nuevo apologista, todo debe estar al servicio de la libertad, incluso las manifestaciones humanas más sublimes, como el arte. En alguna ocasión ha comentado que, cuando no se disfruta de la libertad, el único derecho y la única excusa que tiene el arte para existir es ponerse a su servicio, y que todo debe ir al fuego, incluso el arte, para alimentar la hoguera de la libertad. En «La última página» del primer número de la revista, por ejemplo, explica cuál ha de ser la función del poeta nuevo en estos tiempos de cambio: «lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quieran bien, y pintar todo lo hermoso del mundo (...) y castigar con la poesía, como con un látigo, a los que quieran quitar a los hombres su libertad» (pág. 136), y en «Los dos ruseñores» pone en boca de Confucio una enseñanza que desea para la juventud de su época: «¡Cuando no hay libertad en la tierra, todo el mundo debe salir a buscarla a caballo!» (pág. 264).

Parte de esa cuestión se centra en el enorme problema de la desigualdad social, porque la batalla de la libertad no termina en el pensamiento, la expresión o la autodeterminación de los pueblos. Hay que asegurar que la libertad no se convierta en el egoísmo de unos pocos. En algunos relatos, la conciencia social aparece de modo prioritario, y presentada con tintes de dureza, ternura, generosidad, según el caso. «Los dos príncipes», idea tomada de Helen Hunt Jackson, analiza paralelamente la muerte y entierro de un príncipe y un pastor. La igualdad del suceso (la muerte sobreviene a todos) pone de

manifiesto la desigualdad social, entre las clases, y se inclina sentimentalmente del lado del pobre, a través de unos mínimos elementos descriptivos. El dolor de las clases humildes destaca por su pureza y sinceridad. En «Los zaticos de rosa» la generosidad instintiva de una niña llega más a fondo que la superficialidad materialista de los adultos; por eso hay quienes no entienden o tardan en apreciar el gesto de la pequeña, de clase acomodada, que regala sus zapatos nuevos a una niña pobre. «Nené traviesa» afronta las dificultades de la infancia marcada por la orfandad, y «La muñeca negra», quizá el cuento original mejor logrado de Martí, es un alegato en contra de la marginación social o racial. La niña protagonista del relato, incomprendida por la sociedad burguesa, se pone radicalmente al lado del oprimido, la muñeca negra, hasta el punto de exclamar: «¡Te quiero, porque no te quieren!» (pág. 253).

La naturaleza humana entre la ética y la estética

Lo útil, lo bello y lo bueno se pueden unir de muchas maneras. El positivismo manifestó, en uno de sus principales axiomas, que sólo lo útil es bueno, entendiendo por tal lo que tiene un rendimiento práctico, cuantificable, y ha sido conseguido a través del método científico. Con él, superadas ya las etapas históricas mítica y metafísica, la segunda mitad del siglo XIX debería llevar al progreso indefinido. No hay que negar cierta asimilación de estas ideas en algunos planteamientos teóricos de Martí, su fe en el *mejoramiento humano* (XVI, 17), etc., pero la espiritualidad modernista (al igual que su esteticismo, también de corte modernista, ambos relacionados por una base ideológica común) y su idealismo omnipresente le alejaron casi por completo de los planteamientos materialistas del positivismo. Por eso, su fe en lo útil es fe en la *utilidad de la virtud* (XVI, 17). Lo bueno y lo útil tienen unos contenidos sobre todo *éticos*. En *La Edad de Oro*, la *bondad* y sus derivados son los términos-clave de mayor aparición, y su utilidad viene siempre marcada por comportamientos éticos. Meñique, por ejemplo, «no tenía gusto sino cuando veía a su pueblo contento, y no les quitaba a los pobres el dinero de

su trabajo (...). Cuentan de veras —continúa Martí— que no hubo rey tan bueno como Meñique» (pág. 110). Y no se conforma el narrador con declarar que el rey era bueno; desarrolla el contenido de esa bondad y saca una consecuencia ética práctica:

Pero no hay que decir que Meñique era bueno. Bueno tenía que ser un hombre de ingenio tan grande; porque el que es estúpido no es bueno, y el que es bueno no es estúpido. Tener talento es tener buen corazón; el que tiene buen corazón, ése es el que tiene talento. Todos los pícaros son tontos. Los buenos son los que ganan a la larga. Y el que saque de este cuento otra lección mejor, vaya a contarlo en Roma (pág. 110).

Talento no significa la inteligencia del letrado (en alguna ocasión ensalzó esa otra inteligencia *natural* de las cosas colgando «de un árbol marchito / Mi muceta de doctor» [XVI, 65]), sino la sabiduría que da la disposición *natural* para lo bueno. Cada uno debe llegar a ser sabio en su campo, el letrado en sus letras, el obrero en su obra y el rudo en sus ocupaciones. Lo importante es desarrollar las capacidades de formación. Por eso, otro de los términos-clave en la pedagogía martiana es el campo léxico relativo a *pensar*. Al comienzo de «Tres héroes» recomienda que «El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve» (pág. 86), y en «Bebé y el señor don Pomposo» repite dentro de cada párrafo, al principio, al final o en el pleno desarrollo de la idea, fórmulas como «no está dormido, Bebé está pensando», «La verdad es que Bebé tiene mucho en qué pensar», «Bebé está pensando en la visita del señor don Pomposo», «Y Bebé vuelve a pensar en lo que sucedió en la visita», etc. (págs. 133, 134, 135). El contenido de esos pensamientos, que tanto inquietan al narrador, tiene un marcado sesgo ético, mostrando una vez más la generosidad del mundo de los niños, que se sienten instintivamente movidos a compartir lo que tienen con los niños necesitados. En las primeras líneas de «Músicos, poetas y pintores» vuelve a unir formación intelectual, entendida como deber y no posibilidad, con bondad —ética—, esta vez con un claro matiz estético:

Pero todo hombre tiene el deber de cultivar su inteligencia, por respeto a sí propio y al mundo. Lo general es que el hombre no logre en la vida un bienestar permanente sino después de muchos años de esperar con paciencia y de ser bueno, sin cansarse nunca. El ser bueno da gusto, y lo hace a uno fuerte y feliz. «La verdad es —dice el norteamericano Emerson— que la verdadera novela del mundo está en la vida del hombre, y no hay fábula ni romance que recree más la imaginación que la historia de un hombre bravo que ha cumplido con su deber» (págs. 170-171).

Por eso el Padre Las Casas «parece que está vivo todavía, porque fue bueno» (pág. 213), y por eso también «los que se están con los brazos cruzados, sin pensar y sin trabajar, viviendo de lo que otros trabajan, éstos comen y beben como los demás hombres, pero en la verdad de la verdad, éstos no están vivos» (pág. 241). Para el pensador cubano, estos valores no discriminan cultura, raza o época alguna: pertenecen a la naturaleza humana desde siempre y para siempre. De ahí que la revista trate temas históricos y culturales de civilizaciones y fechas muy diversas, como dan a entender los dos siguientes textos, entresacados respectivamente de «La historia del hombre, contada por sus casas» (igualdad *sincrónica*, en un mismo tiempo y lugares diferentes) y «Un paseo por la tierra de los anamitas» (igualdad *diacrónica*, en tiempos diferentes y lugares diversos). Con ellos termina este estudio de una obra que, más de un siglo después, sigue siendo el paradigma de lo que debe hacer un país si quiere progresar:

el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera, y hace y piensa las mismas cosas, sin más diferencia que la de la tierra en que vive (pág. 140).

[...] lo que se ha de hacer es estudiar con cariño lo que los hombres han pensado y hecho, y eso da un gusto grande, que es ver que todos los hombres tienen las mismas penas, y la historia igual, y el mismo amor, y que el mundo es un templo hermoso, donde caben en paz los hombres todos de la tierra, porque todos han querido conocer la verdad, y han escrito en sus libros que es útil ser bueno, y han padecido y peleado por ser libres, libres en su tierra, libres en el pensamiento (pág. 230).

Para llegar al concepto del indio que Martí elaboró en *La Edad de Oro* y en algunos ensayos conviene aludir al desarrollo de su imagen desde los primeros contactos entre las civilizaciones de ambos lados del Atlántico. El mito del buen salvaje no es una invención rousseauiana, sino una abstracción cuyos parámetros tienen vinculación con los primeros exploradores europeos. Del mismo modo, la visión del indígena como ser inferior al humano occidental, un bárbaro degenerado, es también una propuesta temprana: Oviedo llega a afirmar que la naturaleza del habitante de aquellos parajes no difiere demasiado de la de un animal común, y Buffon asegura que todas las especies animales americanas son netamente inferiores, incluyendo al indio, ya que el medio lo ha condicionado a través de la humedad, que ha provocado la falta de madurez. Los territorios indios han evolucionado menos que los europeos porque allí la superficie terrestre es más joven, y todavía no se ha secado. La tesis de Buffon, expresada con vehemencia y sistematicidad en su *Historia Natural* de 1749, hunde sus raíces en los comentarios de conquistadores y colonizadores, aunque su origen no es tanto político, religioso o social como biológico, ya que parte de la base de que el medio físico es particularmente nocivo para el desarrollo de especies superiores, civilizadas, inteligentes¹². A partir de ahí se creará en Europa una corriente de opinión que origina una larga polémica, cuando Montesquieu, favorecido por su prestigio y siguiendo la tendencia mecanicista que establece un nexo causal y una conexión necesaria y orgánica entre los seres vivos y su hábitat, propone en *De l'esprit des lois* (1749) que el clima determina las costumbres e incluso las mismas leyes de los pueblos, y por ende, en los lugares donde se disfruta de un clima cómodo, cálido y benigno,

¹² Cfr. Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica, 1750-1900*, México, FCE, 1982, págs. 7-9.

no, la civilización se deteriora hasta la indolencia y la pereza más corrosivas.

Dos décadas más tarde aparece la obra que culmina el proceso denigratorio contra la dignidad del indígena americano: De Pauw publica *Recherches sur les américaines* (1768), obra vituperada por la opinión pública española y por los jesuitas expulsados de los territorios americanos que se encontraban en Europa, pero que encontró un generoso eco en Francia y en la Europa calvinista. De Pauw centraba su argumentación en la corrupción de la naturaleza, debido a una serie de catástrofes naturales, como el diluvio que allí tuvo lugar, el cual, según Bacon, tuvo consecuencias irreparables. Apoyado en textos clásicos de los cronistas más conocidos, desempolvó De Pauw la antigua tesis aristotélica sobre la existencia de *esclavos por naturaleza*. Aristóteles, caído en desgracia en pleno Siglo de las Luces, arrinconado por racionalistas y sensualistas, es utilizado por heterodoxos y ortodoxos cuando conviene. Intereses coloniales, prejuicios raciales, leyenda negra que oculta el exterminio casi absoluto del indígena del norte y revancha ideológica protestante frente al mundo católico¹³ son algunos de los factores que explican esta actitud. Ahora bien, no faltan en el entorno hispánico autores que coinciden con los postulados de De Pauw, Raynal (*Histoire philosophique et politique des établissements des Européens dans les deux Indes*, 1770) o Robertson (*History of America*, 1777). En Ecuador existe un testimonio contemporáneo (1774) que acentúa si cabe el cariz peyorativo de las opiniones antiespañolas de los europeos. Francisco de Requena, en su *Descripción de la Provincia de Guayaquil*, no duda en confirmar:

El carácter de las gentes de esta ciudad, es semejante al de las demás de la provincia, que no saben aprovecharse de los bellos frutos (...) ni de una infinidad de cosas que producen

¹³ Cfr. Antonello Gerbi, *op. cit.*, págs. 66 y ss.; Pilar Ponce Leiva, «Un espacio para la controversia: la Audiencia de Quito en el siglo XVIII», *Revista de Indias*, 52, 195-196 (1992), pág. 861; Vittorio Messori, *Leyendas negras de la Iglesia*, Barcelona, Planeta, 1996, págs. 21 y ss.; Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1961, págs. 57 y ss.

estos terrenos y de los cuales podrían sacar muchas comodidades si se tomaran el trabajo de cogerlas (...); es verdad que para esto no son propios los que nacen en temperamentos cálidos y suaves, porque les falta inclinación a los ejercicios penosos, apeteciendo más la quietud que la fortuna (...), y así aman la ociosidad y holgazanería¹⁴.

Son detalles que algunos teóricos del XIX no pasarán por alto cuando traten de descubrir las raíces de la identidad nacional, una vez conseguida la independencia. Sarmiento, en su obra capital *Facundo* (1845), sugiere una cierta inferioridad de las etnias autóctonas frente a las civilizadas europeas, y gran parte de los escritores gauchescos presentan al indio como un bárbaro ante el gaucho¹⁵. Incluso escritores indigenistas de principio del siglo XX, influenciados por el darwinismo social, el positivismo o el racismo de Gobineau, atribuyeron el retraso de las civilizaciones hispanoamericanas a una supuesta *mala sangre* que no sólo afecta a los indios, sino que se extiende a negros, mestizos, mulatos y zambos. Esta corriente puede rastrearse en obras como las de los argentinos Carlos Octavio Bunge (*Nuestra América*, 1903) y José Ingenieros (*Sociología argentina*, 1910), los bolivianos Alcides Arguedas (*Pueblo enfermo*, 1909 y *Raza de bronce*, 1919) y Nicomedes Antelo, los peruanos Francisco García Calderón (*Las democracias latinas de América*, 1913), Javier Prado y Mariano Comejo (éste llegó a afirmar que la raza indígena es esencialmente débil de ánimo), o autores más tardíos como Homero Guglielmini (*Temas existenciales*, 1939), quien aplaude la evolución de la conquista de toda América por los europeos, porque la raza blanca, civilizada y verdaderamente humana ha vencido (sobre todo en Estados Unidos y Argentina) a las fuerzas telúricas y elementales, representadas por indios y negros¹⁶.

¹⁴ Cit. por Pilar Ponce Leiva, *op. cit.*, pág. 862.

¹⁵ Cfr. Juan José Sebrelli, «Indigenismo, indianismo, el mito del buen salvaje», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 487 (1991), pág. 48.

¹⁶ Más información en Martin S. Statt, *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano 1900-1960*, Caracas, Monte Avila, 1969.

La tendencia contraria responde al conocido mito del buen salvaje, origen de una gran cantidad de novelas del XIX. El problema de estas teorías estriba precisamente en la simplicidad de sus planteamientos. Son concepciones maniqueas de la cultura, la civilización, la raza y los efectos de un determinado ambiente físico y social sobre el hombre. Defensores a ultranza y estigmatizadores dividen el mundo en buenos y malos. Por eso el gran descubrimiento de algunos intelectuales de nuestro siglo, bien encaminados por las indagaciones de Martí y algunos modernistas hispanoamericanos, ha sido la disolución de una frontera estrecha entre *civilización y barbarie*, propuesta en principio por Sarmiento, y a cuyo sostenimiento contribuyeron escritores de toda índole, moviendo las piezas de un lado a otro de la oposición. Pocos escritores de Indias supieron captar la multiplicidad de las culturas indígenas y la variedad de matices sociales y culturales que pueden encontrarse dentro de una región geográfica más o menos amplia.

Sin embargo, desde Cristóbal Colón, la literatura se llena de elementos descriptivos simples. El genovés coloca al indígena como un elemento más del paisaje, y se admira de su bondad interior y exterior. Las categorías que utiliza no van más allá de la oposición bueno/malo, y su espectro de valores es definido en términos claramente etnocéntricos. En esa línea circularán los escritores de la colonia hasta que se plantee en toda su crudeza el debate sobre la dignidad del indio y su carácter plenamente humano. Algunos autores, como O'Gorman, García Gallo, Abellán, aseguran que nadie llegó a pensar realmente que los indígenas fueran sólo animales evolucionados o razas inferiores, y que si ese argumento se utilizó con frecuencia fue exclusivamente para justificar la dominación. El planteamiento antropológico daba credibilidad y fuerza moral a las posibles alternativas jurídicas. Si bien en 1495 Isabel autoriza a Colón en una cédula para la venta de esclavos, acto seguido eleva una orden al obispo de Badajoz para suspender todo tipo de transacción comercial con ellos hasta que, consultados teólogos y juristas, se afirmase o no la legitimidad de la acción. Cinco años más tarde, en una Cédula Real, se declara libres a los pertenecientes a otras etnias, se

condena la esclavitud y el tráfico de seres humanos. Ahora bien, legalizado el régimen de encomiendas en 1509, el indio se vio sometido, en la práctica, a ese régimen de explotación.

Pocos años después de la muerte de Las Casas, primer gran defensor de la causa indígena, la influencia de la corriente utópica empieza a notarse en literaturas no hispánicas. Antes de que Garcilaso aplicara el concepto a los incas, diferenciándolos por tanto del resto de los indios, y Guamán Poma de Ayala nos recordara el estilo apoloético del obispo de Chiapas en su *Nueva Corónica y Buen Gobierno*, Montaigne escribía *Des cannibales* (1580), basado en el testimonio de un sirviente suyo que le contó sus aventuras durante doce años en Brasil, y en las conversaciones del escritor francés —al menos así lo afirma Montaigne— con algunos indios que habían llegado a Francia. De ese modo llegó a concebir un estado perfecto de naturaleza, no contaminado por la civilización occidental, ajeno a las mezquinas preocupaciones sociales de los europeos. Detrás de esta primera apología vinieron una serie de obras indianistas que comenzaron a exaltar al personaje exótico. En la *Utopía* de Tomás Moro y en el *Encomion Moriae* de Erasmo ya había ideas parecidas. En 1650, Juan de Palafox ensalza al indio por su inocencia, su modo de vida, su resignación, su sobriedad, en *Virtudes del indio*. Más adelante, se dan a conocer y causan una gran admiración los relatos sobre las misiones jesuíticas en Canadá de Lafitau o del padre Charlevoix, y los correspondientes al Paraguay. Tales relatos fueron muy leídos durante los siglos XVII y XVIII, y contribuyeron a que, tanto en Francia como en Inglaterra, España e Hispanoamérica, el indio se convirtiera en una figura decorativa, folklórica, que es el origen más cercano de la novela indianista hispanoamericana, de la que *Cumandá* (1879), del ecuatoriano Juan León Mera, representa la última fase, un momento de transición hacia la narrativa indigenista reivindicativa¹⁷.

En el siglo XVIII se plantan las bases para que el nacimiento de la novela responda a las demandas de los lugares en vías

de emancipación. Junto a los procesos sociales, el mundo de la cultura y el pensamiento contribuyen a la creación de los elementos necesarios para que los futuros países desarrollen la idea de la identidad nacional. El buen salvaje aportará una visión positiva de lo periférico tanto en autores europeos como americanos. Voltaire, en 1736, concede al indio unas virtudes superiores a las del europeo en su tragedia *Alzire*, pues su simplicidad, su vida natural, supera en bondad a la del civilizado. Las obras de Voltaire fueron traducidas al español durante el dominio borbónico en España, y circularon por América Hispánica nada más terminar el proceso revolucionario. Un discípulo suyo, Marmontel, aporta ya en su novela *Les Incas* (1777) algunos rasgos románticos, y tiene como fuentes fundamentales los *Comentarios Reales* de Garcilaso y las obras de Las Casas y Antonio de Solís. Por ahí vuelven a entrar en Francia de modo directo las nociones sobre el buen salvaje que ya tenían dos siglos. En el pensamiento de Vico o Herder se siente también la importancia que el siglo atribuye al primitivo y el ambiente de época, que insiste en los efectos nocivos de la corrupción de las costumbres y la degeneración de las instituciones en los países civilizados, todo lo cual se presenta como causa inmediata de la decadencia de los pueblos. Por eso el siglo de la Ilustración pone tanto énfasis en el problema de la educación y su literatura se llena de aspectos didácticos. Sin ir más lejos, Rousseau entra en vibración con el problema del buen salvaje a través de un proyecto educativo. En una de las caminatas que solía dar en 1749 para visitar a Diderot lee en el *Mercur* la convocatoria de un concurso, en la Academia de Dijon, por el que se otorgaba un premio de ensayo a quien escribiera sobre la relación entre el avance de las ciencias y el estado de las sociedades. En concreto se trataba de describir qué efecto tiene sobre los individuos el restablecimiento de las artes de las ciencias; es decir, si los avances científicos, técnicos y las obras de pensamiento influyen positivamente en la conducta social y moral de los miembros de una comunidad. En ese momento comenzó —asegura en sus *Confesiones* y en sus *Enseñanzas*— a vislumbrar las contradicciones del sistema social imperante en su época y en su entorno geosocial, los abusos de las instituciones, la pro-

¹⁷ Cfr. Ángel Esteban, estudio preliminar a Juan León Mera, *Cumandá*, Madrid, Cátedra, 1998, págs. 11-72.

funda perversión del hombre contaminado por el contacto con otros hombres, así como la esencial bondad del hombre cuando se encuentra en estado de naturaleza, neutro, sin influencias externas ni procesos educativos o integraciones en grupos sociales. En los ensayos de las siguientes décadas, Rousseau dudará de la existencia real del hombre en estado de naturaleza (*Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, el *Emilio*, el *Contrato Social*), pero esa mera hipótesis es un concepto regulador que permite afrontar el problema de la corrección y la transformación de la degenerada sociedad presente¹⁸. No desea apartarnos de la historia o de la antropología concebida como ciencia basada en cierta experimentabilidad, sino demostrar los puntos débiles del pensamiento ilustrado referentes a la educación y la perfectibilidad. En el segundo discurso sobre la desigualdad presenta abiertamente la hipótesis sobre el estado de naturaleza. Imagina al salvaje con apenas necesidades, incapacitado para sorprenderse y valorar los fenómenos naturales pero a la vez carente de vanidad y malas ambiciones, inocente, anterior a los criterios de moralidad que separan el bien del mal.

Los años 60, a través de las obras de Rousseau, se llenan de páginas que evocan el tipo abstracto del indio exótico, y a ello también contribuyen los abundantes viajeros que surcan los océanos y encuentran lugares que llaman la atención por el estado de primitivismo de sus habitantes. Bougainville, que se convierte en el primer francés que navega alrededor del mundo, entre 1766 y 1769, y el Capitán Cook, a partir de 1768, despiertan con sus relatos el interés por las islas del Pacífico, por la belleza de sus mujeres, la suavidad del clima, el estado de naturaleza, la soledad y el aislamiento. Incluso Denis Diderot, en su comentario al viaje del francés titulado *Suplemento al viaje de Bougainville*, de 1772, ensalza la vida de los salvajes, tomándola como argumento para criticar la huella perniciosa que las instituciones consagradas y tradicionales dejan en los miembros de las sociedades supuestamente avanzadas.

¹⁸ Cfr. Esteban Tollinchi, *Romanticismo y Modernidad. Ideas fundamentales de la cultura del siglo XIX*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1989, págs. 481 y ss.

A todo esto hay que añadir el enorme eco expansivo de la polémica sobre el indio que enfrentó las tesis racistas de Raynal, De Pauw, etc., con los defensores a ultranza del indio hispanoamericano, en la que cobran una importancia vital los jesuitas, religiosos expulsados de América en la segunda mitad del XVIII.

Con todas estas aportaciones no es extraño que la literatura tanto europea como americana se pueble durante el siglo XIX de ejemplos que aludan al comportamiento y la naturaleza del indio. Buen salvaje y sentimientos a flor de piel pasarán desde Rousseau hasta *Cumandá* (1879) por el largo puente de Cha teaubriand, Saint Pierre, Manuel Belgrano (*Molina*, 1823), Cooper, Humboldt y los más cercanos Marmol e Isaacs. Y precisamente en esa época crepuscular del romanticismo hispanoamericano comienza Martí a formar su concepto del indígena y su idea más general de las razas, que recorre cuatro etapas:

1) La segunda mitad de los 70. Martí llega a principios del 75 a México, después de pasar cuatro años en el destierro de España. Allí se familiariza con los problemas de la raza indígena, y comienza a concebir una imagen que se irá corroborando en Guatemala (1877-1878) y otros países hispanoamericanos.

2) La década de los 80. Su estancia en los Estados Unidos le completa su imagen del indígena hispanoamericano al contrastarla con el proceso de exterminio y ostracismo que los conquistadores del norte han llevado a cabo con el indígena angloamericano. Sigue de cerca la política yanqui y le da cabida en sus crónicas de *La Nación*. Es posible que durante esta época leyera, además, los textos de Tylor, Morgan, Mac Lennan y otros sociólogos, publicados entre 1860 y 1880, sobre las fases del desarrollo humano, con la idea común de una evolución lineal de la humanidad. Estas teorías, junto con el darwinismo social (que el mismo Darwin criticaba) y el creciente influjo del positivismo, calaron en el ambiente de la época y se aplicaron al estudio científico de las razas. Por otro lado, en los años 70 y 80 culmina la obsesión clasificadora, propia de una actitud cientificista, en lo referente a las razas:

Huxley en 1870, Haeckel en 1875, Topinard en 1878, Deniker en 1889, etc., dividen la humanidad en familias y subramas según el tipo de procedencia, y a menudo establecen, con criterios muy dudosos, ciertas jerarquías y diferenciaciones que cabría presentar como esenciales. Es lo que Martí denominó las «razas de librería», inventadas por los «pensadores canijos», «que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre» (VI, 22).

3) Al final de la década de los 80, cuando Martí ha reparado ya en la importancia de la educación integral para el desarrollo de los pueblos, escribe su revista para los niños de América, donde concede un espacio relevante, dentro del plan educador para la juventud americana, a la cuestión indígena, aludiendo a la igualdad esencial de todos los hombres, explicando la historia de América basado en la riqueza de las culturas precolombinas, etc., precisamente en su revista para los niños de América. De su proyecto pedagógico hay que destacar sobre todo el relato sobre «Las ruinas indias», donde ensalza, a través de los vestigios de los pueblos precolombinos, unas civilizaciones y unas culturas excelsas, de las que el pueblo hispanoamericano actual (siglo XIX) no sólo es deudor, sino también parte integrante de su idiosincrasia.

4) Los últimos años de su vida, metido de lleno en la preparación de la guerra de independencia, escribe constantemente en sus cuadernos de apuntes referencias al mundo indígena, lee estudios sobre el tema, etc., porque el futuro no sólo de Cuba, también del Continente, depende en gran medida de la solución de los problemas que atañen a la población indígena.

Martí supera el maniqueísmo con el que se ha tratado la cuestión indígena durante siglos. La postura que relega al indio a un ser humano de segunda categoría, raza inferior por naturaleza, es inadmisibles en el contexto socio-moral del cubano, pero también considera como pernicioso la que exalta idealmente al indígena, lo califica como un buen salvaje, y no afronta con objetividad la situación con el fin de dar solucio-

nes concretas y rápidas. De todas formas, en algunas ocasiones, en sus cuentos de *La Edad de Oro*, prefiere generalizar, exaltando ciertas virtudes de los indígenas, que aceptar la enorme diversidad del colectivo americano, como en su relato sobre los «Tres héroes», donde asegura «que son tan mansos y generosos» (pág. 89). Martí, además, contradice a *radice* el discurso antiindigenista de Sarmiento. Éste partía de la base de que la fusión de las tres grandes familias étnicas (las indígenas americanas, la hispánica y las afro-americanas) ha tenido como resultado «un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarle de su paso habitual (...). Las razas americanas viven en la ociosidad y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido. Pero no se ha mostrado mejor dotada de acción la raza española cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada a sus propios instintos»¹⁹. Es lo que Sarmiento llamaba la *barbarie*, frente a la *civilización* representada por la Europa no hispánica y los Estados Unidos. Su planteamiento llegaba hasta el extremo de sugerir el exterminio de la raza inferior. Leopoldo Zea glosa este aspecto del argentino, que es uno de los pilares donde descansa la interpretación de la historia de la modernidad en la América anglosajona, frente al subdesarrollo de nuestra América:

«No esperemos nada de Europa —dice Sarmiento—, que nada tiene que ver con nuestras razas. Algo puede venirnos de los Estados Unidos, de donde nos vinieron nuestras instituciones.» ¿Qué es lo que podemos aprender de Norteamérica? Su capacidad de ser una raza pura. Y continúa: «Los anglosa-

¹⁹ Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1959, 5.ª ed., pág. 68. Hay dos artículos que ponen de manifiesto el contraste entre las teorías de Sarmiento y las de Martí a este respecto: cfr. Jaime Alazraki, «El indigenismo de Martí y el antindigenismo de Sarmiento», *Cuadernos Americanos*, 140 (1965), págs. 135-157, y Antonio Sacoto, «El indio en la obra literaria de Sarmiento y Martí», *Cuadernos Americanos*, 156 (1968), págs. 137-163.

jones no admitieron a las razas indígenas ni como socios, ni como siervos en su constitución social.» Ésta fue la base de su éxito, a diferencia de la colonización española, la cual se hizo como «un monopolio de su propia raza, que aún no salía de la Edad Media al trasladarse a América y absorbió en su sangre una raza prehistórica servil»²⁰.

Otros autores de la época, como el boliviano Nicomedes Antello, familiarizado con las tesis de Sarmiento al haber resido en Buenos Aires de 1860 a 1882, sostienen que de un modo natural el indio hispanoamericano dejará de existir, porque se trata, mal que nos pese, de una raza inferior, y según las tesis evolucionistas mezcladas con otros determinismos de tipo positivista, las especies inferiores inadaptadas al medio van siendo sustituidas por las superiores que logran hacerse un hueco en el entorno que las rodea:

¿Se extinguirá el pobre indio al empuje de nuestra raza? Si la extinción de los inferiores es una de las condiciones del progreso universal, como dicen nuestros sabios modernos y como lo creo, la consecuencia, señores, es irrevocable, por más dolorosa que sea. Es como una amputación que duele, pero que cura la gangrena y salva de la muerte²¹.

No es la de Martí una actitud simplemente filantrópica o visceral frente a posturas racistas que violan el espacio más directo de los derechos humanos inalienables, sino un resultado de la coherencia de todo su pensamiento humanista, que se manifiesta en su obra literaria y político-social. Con un sentido trascendente de la vida humana y su destino, postula la unidad y la armonía del universo. En el primer poema de sus *Versos sencillos* declara: «Todo es hermoso y constante, / Todo es música y razón», y en «Pollice verso», de *Versos libres*: «La vida es grave / Porción del Universo, frase unida / A frase colosal», por eso contemplando lo particular se interpreta lo universal y vice-versa. En «Dos patrias», de *Flores del destierro*,

²⁰ Leopoldo Zea, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, México, El Colegio de México, 1949, pág. 115.

²¹ Cit. por Leopoldo Zea, *op. cit.*, pág. 258.

concreta: «El Universo / Habla mejor que el hombre.» Se trata de la intuición de la analogía universal que ya predicaron pitagóricos, platónicos, y en una época más cercana al cubano, Hölderlin, Swedenborg, Novalis, etc. Martí aprende de todos ellos, pero su maestro indiscutible en esta intuición fue Emerson, junto con Whitman y los trascendentalistas norteamericanos de mitad del XIX²². La analogía supone «el entendimiento del universo como un vasto lenguaje de ritmos y correspondencias, donde no tienen asiento el azar y los caprichos de la historia»²³. El destino trascendente de unidad analógica tiene una base filosófica teórica y una supuesta constatación práctica, pero también queda claro que es un objetivo difícilmente alcanzable, pues lo que el ser humano experimenta con frecuencia es la otra cara de la moneda, la ironía: la «conciencia de la precariedad y fragmentación de su vivir»²⁴. La vida es una continua ruptura, un proceso constante de caídas y rupturas, y al mismo tiempo una lucha constante por alcanzar el ideal analógico o asimilarse a él. Y como los actos humanos son irrepitibles, sólo en la perfectibilidad reside la esperanza, es decir, en la tendencia hacia lo mejor, hacia lo perfecto, hacia el máximo grado de ser que la naturaleza permite a *este ser concreto* para su autorrealización²⁵. Así, el sentido *agónico* de la existencia, en la terminología de Unamuno, se resuelve en el conflicto continuo entre consciencia de la contingencia personal y el anhelo de infinitud, felicidad, perfección y armonía que existe naturalmente en el primer peldaño del espectro de los deseos humanos, es decir, el conflicto entre analogía e ironía. Por eso, cuando Martí alude a

²² Cfr. José Ballón, *Anatomía cultural americana: Emerson y Martí*, Madrid, Pliegos, 1986. Para el tema de la analogía y la ironía en la obra martiana, consultar el magnífico estudio, del que se han obtenido algunas de las ideas de este trabajo, de José Olivio Jiménez, *La raíz y el ala. Aproximaciones críticas a la obra literaria de José Martí*, Valencia, Pre-Textos, 1993. Un libro clásico sobre analogía e ironía en la cultura occidental, sobre todo a partir del romanticismo, es el de Octavio Paz, *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral, 1974.

²³ José Olivio Jiménez, *op. cit.*, págs. 178-179.

²⁴ José Olivio Jiménez, *op. cit.*, pág. 175.

²⁵ Para estudiar más a fondo el problema de la autorrealización en Martí cfr. Ángel Esteban, *José Martí, el alma alerta*, Granada, Comares, 1995.

los desastres que produjeron los europeos en la conquista de América, con frecuencia se refiere a la pérdida de la armonía universal y la llegada de la ironía perturbadora:

No más que pueblos en ciernes, no más que pueblos en bulbo eran aquellos en que con mano sutil de viejos vividores se entró el conquistador valiente, y descargó su ponderosa herrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la Naturaleza. Robaron los conquistadores una página al Universo²⁶.

Obsérvese la función analógica de los términos *natural*, *Naturaleza* y *Universo*. Martí califica al crimen de los conquistadores como *natural*, es decir, generador de ironía en un contexto donde la analogía significa la comunión del hombre con la Naturaleza, entendida ésta como espacio físico y como esencia en cuanto principio de operaciones. La imagen con la que alude al Universo significa también la ruptura de un orden: el Universo es un libro cuya armonía estriba en la sucesión lógica y concatenada de sus páginas. Si una se pierde, se desestabiliza el sentido del conjunto del libro. En un artículo para *La Nación*, del 10 de septiembre de 1886, sobre el famoso terremoto de Charleston de aquella época, al comentar el terror que padecieron los negros de aquella ciudad, vuelve a elevar el problema racial a coordenadas universales, mediante el juego de armonías y discordancias que producen la analogía y la ironía:

Trae cada raza al mundo su mandato, y hay que dejar la vía libre a cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del universo, para que emplee su fuerza y cumpla su obra, en todo el decoro y fruto de su natural independencia: ni ¿quién cree que sin atraerse un castigo lógico pueda interrumpirse la armonía espiritual del mundo, cerrando el camino, so pretexto de una superioridad que no es más que grado en tiempo, a una de sus razas? (XI, 72).

²⁶ José Martí, *Obras completas*, vol. II, La Habana, Editorial Lex, 1946-1948, pág. 341.

Con este pasaje, deja Martí claro que la analogía aplicada al problema racial consiste en la armonía que constata la igualdad de todos los hombres, cualquiera que sea su raza. La superioridad histórica de unas sobre otras no forma parte de la naturaleza de las cosas, sino de la ironía reflejada a lo largo de los siglos de uno u otro modo. Es una superioridad de «grado en tiempo», es decir, diacrónica y circunstancial, y por tanto, nociva para la armonía del universo. «El hombre es uno» (VII, 371) dirá en 1890, en una reseña sobre el libro *La Pampa*, de Ebelot. Es ésta una de las constantes más notorias en el conjunto de la obra martiana. En el relato «La historia del hombre, contada por sus casas», de *La Edad de Oro*, síntesis del programa educacional de Martí para la juventud americana, asegura que «el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera, y hace y piensa las mismas cosas, sin más diferencia que la de la tierra en que vive» (pág. 140). El criterio de diferenciación de los hombres, en una sincronía, no es la raza o el grado de desarrollo, sino el lugar donde habita, su nacionalidad. Con esta afirmación Martí no desea únicamente la convivencia armónica entre blancos y negros en su país, o blancos e indios en otros países de nuestra América, sino que está afirmando al mismo tiempo la necesidad de todos los hombres de identificarse analógicamente con una Naturaleza, con un lugar, con un país y una idiosincrasia. En el fondo, de un modo muy sutil, Martí enseña al niño hispanoamericano a amar su tierra y sentirse ciudadano de su entorno, y luchar por la libertad y la verdadera independencia de su territorio nacional. El proyecto cubano se desarrolla no sólo en el campo de batalla o en la mesa de negociaciones políticas, también en el nivel intelectual y en la educación básica de un pueblo. La analogía tiene sus máximas, sus caminos y su lógica, y si el hombre es uno, pues refleja la unidad de la Naturaleza, la raza es un criterio contingente como el color de los ojos, el tamaño o la aptitud para tal o cual trabajo, es decir, la raza es un atributo cultural²⁷. Por eso, en *Nuestra América*, res-

²⁷ Fernando Ortiz, en su conocida conferencia *Martí y las razas*, pronunciada el día 9 de julio de 1941 en el Salón de Recepciones del Palacio Municipal

puesta mestiza al planteamiento racista de Sarmiento acerca de los conceptos de civilización y barbarie, concluye: «No hay odio de razas, porque no hay razas (...). El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color» (VI, 22), afirmación que debe matizarse con otras que la complementan, como el párrafo genial que abre su artículo «Mi raza»:

El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígame hombre, y ya se dicen todos sus derechos (...); peca por redundante el blanco que dice: «mi raza»; peca por redundante el negro que dice: «mi raza». Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad (...). Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública, y la individual (II, 298).

Si hay algo que diferencia a los hombres es su esfuerzo por conseguir la autorrealización, es decir, su lucha por identificarse con el modelo al que cada uno puede aspirar. Nada exterior o de clase o grupo, sino absolutamente individual. En el prólogo al su primer poemario, *Ismaelillo*, declara su fe en el mejoramiento humano, y en la utilidad de la virtud, entendida ésta como atributo personal. En el artículo «Mi raza» impone el criterio adecuado para juzgar al hombre:

Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas (...). Los hombres de pompa e interés se irán de un lado, blancos o negros; y los hombres generosos y desinteresados, se irán de otro. Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y temura, por el gusto del mérito (II, 299).

de La Habana, publicada en la *Revista Bimestre Cubana*, septiembre-octubre de 1941, págs. 203-233, y más tarde reproducida en muchas ocasiones, por ejemplo, en Ana Cairo (ed.), *Letras. Cultura en Cuba*, vol. I, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1989, págs. 99-124, considera que Martí utiliza el término *raza* como sinónimo de *cultura*, es decir, historia vivida en común, con ingredientes no tanto biológicos como de idiosincrasia. Jean Lamore, en su ensayo «José Martí y las razas», *Casa de las Américas*, 198 (1995), págs. 49-56, corrobora esa tesis con multitud de ejemplos (págs. 52-53).

Por eso, no tiene sentido la discusión secular sobre la clasificación de razas y la supuesta superioridad de unas sobre otras. La virtud es personal, no de raza. Ahora bien, el indígena americano posee una serie de virtudes que desde hace siglos lo distinguen de otras culturas: «El indio es discreto, imaginativo, inteligente, dispuesto por naturaleza a la elegancia y a la cultura. De todos los hombres primitivos es el más bello y el menos repugnante. Ningún pueblo salvaje se da tanta prisa en embellecerse, ni lo hace con tanta gracia, corrección y lujo de colores» (VIII, 329 y ss.). Nótese la sutileza de Martí para no incurrir en los mismos errores que critica. Aquí se compara el desarrollo de un pueblo, de una cultura, pero nunca se sugiere que la raza indígena sea esencialmente superior a otras. Lo diferencial en los pueblos afecta al grado y no a la naturaleza. Las costumbres, la tierra en que se habita y la historia, condicionan su desarrollo pero no lo determinan. La tendencia al modelo es personal, pero el nivel alcanzado en la autorrealización del individuo afecta al desarrollo de la nación, del pueblo, de la cultura en la que el hombre concreto se desenvuelve. Por eso es muy importante que en América, donde el aborigen es una pieza clave, el indio alcance el máximo nivel de autorrealización. Aclara Martí:

La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó América? Y hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América.

El indio que en la América del Norte desaparece, amenazado bajo la formidable presión blanca o diluido de la raza invasora, en la América del Centro y del Sur es un factor constante, en cuyo beneficio se hace poco, con el cual no se ha querido calcular aún, y sin el cual no podrá, en algunos países al menos, hacerse nada. O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha (VIII, 329 y ss.).

Es el mismo fenómeno observado por Sarmiento y otros sociólogos contemporáneos, pero interpretado de un modo más profundo, o quizá más comprometido. La solución fácil fue la del Norte: eliminar al indígena, porque sus hábitos no coincidían con el proyecto desarrollista del invasor. Martí

acoge el mestizaje, el proceso real de fusión que se está dando en América, como algo obvio y positivo: «Se viene de padres de Valencia y de madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracomoni, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas» (VIII, 335 y ss.). El mestizaje, sintetizado en el texto programático de *Nuestra América*, no es sólo una fusión de razas o culturas, es también una actitud. El americano será realmente hispanoamericano y permitirá el verdadero progreso cuando acepte la pluralidad y la unidad, cuando tenga conciencia de lo que es, de lo que puede llegar a ser y de los medios que debe utilizar, cuando respete y valore al otro, cualquiera que sea su raza y modo de pensar. En una carta dirigida al general Maceo, aplica este pensamiento al problema cubano. Lo importante no es conseguir estrictamente la independencia, sino terminar con las divisiones provocadas por litigios entre razas. Hay que entender la pluralidad de otro modo, como respeto a la diferencia y salvaguarda de lo que aglutina a un pueblo:

A mis ojos no está el problema cubano en la solución política, sino en la social, y cómo ésta no puede lograrse sino con aquel amor y perdón mutuo de una raza a otra (...). Para mí es un criminal el que promueva en Cuba odios, o se aproveche de los que existen. Y otro criminal el que pretenda sofocar las aspiraciones legítimas a la vida de una raza buena y prudente que ha sido ya bastante desgraciada. No puede usted imaginar la especialísima ternura con que pienso en estos males y en la manera, no vociferadora ni ostensible, sino callada, activa, amorosa, evangélica de remediarlos (I, 172).

A partir de aquí, todo el problema se limita a construir una sociedad educada en los valores más básicos. El problema que se ha generado en América con el indígena podrá resolverse únicamente con colaboración mutua y medidas eficaces. Martí es consciente de que, tanto en el Norte como en el Sur, el indio no ha prosperado lo suficiente en parte por culpa del blanco. En un artículo de 1885 sobre la situación del indígena en los Estados Unidos hace un recuento de todos los vi-

cios que se atribuyen a los indios: derrochadores, perezosos, dados a la bebida, sin interés por la educación, etc. El extenso párrafo termina con un alegato claro a su favor: «el indio no es así de su natural, sino que así lo ha traído a ser el sistema de holganza y envilecimiento en que se le tiene desde hace cien años» (X, 322). Y a continuación, ensalza las virtudes que podría desarrollar si se le permitiera vivir en libertad: «Allí donde el indio ha logrado defenderse con mejor fortuna, y seguir como era, se le ve como él es de raza, fuerte de mente y de voluntad, valeroso, hospitalario, digno» (X, 322-323). Ciertamente que la situación del indio del Sur es diferente, pero la desventaja con respecto al blanco es equiparable; por eso, cuando Martí pasa de la denuncia a la presentación de unas posibles soluciones, éstas coinciden para los indígenas de todo el territorio americano. En un artículo de 1886 se centra Martí en dos cuestiones: la necesidad de que tenga propiedad privada, que pueda trabajar a su modo y para su provecho, y la necesidad de una educación adecuada. De ese modo, concluye el cubano, «podrá, con paz segura, con los placeres de la propiedad, con la conciliación de la vida de su raza y la vida civilizada, con la elevación de la mente instruida, permanecer el indio como elemento útil, original y pintoresco del pueblo que interrumpió el curso de su civilización y le arrebató su territorio» (X, 375). Cuando se refiere al indio de *Nuestra América*, las conclusiones son parecidas: «¿Qué ha de redimir a esos hombres? —se pregunta en relación con los problemas sociales en el México de los 70—. La enseñanza obligatoria. ¿Solamente la enseñanza obligatoria, cuyos beneficios no entienden y cuya obra es lenta? No la enseñanza solamente: la misión, el cuidado, el trabajo bien retribuido. En la constitución humana, es verdad que la redención empieza por la satisfacción del propio interés. Dense necesidades a estos seres: de la necesidad viene la aspiración, animadora de la vida» (VI, 328).

Trabajo, propiedad, educación, justicia social, respeto a la propia cultura, generosidad y colaboración son, en resumen, las únicas armas que se han de utilizar para que los problemas raciales dejen de serlo, o al menos para que no surja un desprecio mutuo entre razas que, poseyendo valores de grado en

diferente magnitud, sospechen que esas divergencias son producto de la propia naturaleza humana. Es el error que intenta Martí combatir, porque ese error genera dos terribles consecuencias: en primer lugar, que las razas o culturas dominadas sean difícilmente redimibles y, en segundo lugar, algo que es todavía más grave, que el odio entre razas genere la desunión entre los pueblos de Nuestra América y, con ella, la perpetuación del subdesarrollo. Sólo la unión hace la fuerza, y hará posible el progreso de Nuestra América:

¿Qué haremos, indiferentes, hostiles, desunidos? ¿Qué haremos para dar todos más color a las dormidas alas del insecto? ¡Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de América!

Pizarro conquistó el Perú cuando Atahualpa guerreaba con Huáscar, Cortés venció a Cuauhtémoc porque Xicotencatl lo ayudó en la empresa; entró Alvarado en Guatemala porque los quichés rodeaban a los zutujiles. Puesto que la desunión fue nuestra muerte, ¿qué vulgar entendimiento, ni corazón mezquino, ha menester que se le diga que de la unión depende nuestra vida? (VII, 118).

Martí y el concepto de nación

No es Martí el primer teórico sobre la *cubanía*, entendida esta no sólo como una idiosincrasia sino como un proyecto político. En el siglo XVIII, los primeros intelectuales isleños conciben ciertos modelos, vagos pero fundadores, muy ceñidos al marco concreto del perímetro insular. Zequeira y Rubalcava ofrecen una representación poética del paisaje insular y, más adelante, Plácido, Heredia y Mendive evolucionan hacia una representación poética del alma cubana²⁸. La diferencia es clara e importante: mientras los primeros poetizan nada más el aspecto físico, y definen la patria en términos geográficos, los segundos improvisan una radiografía poética espiritual, y se acercan más al concepto de *pueblo*, sugerido por los

²⁸ Cfr. Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*, La Habana, Instituto del Libro, 1978, págs. 49 y ss.

románticos europeos a partir de la segunda mitad del XVIII. Si atendemos meramente al discurso político o filosófico, se da un paralelismo con respecto al poético en épocas similares, como bien ha demostrado Rafael Rojas en su magnífico estudio *José Martí: la invención de Cuba*. Advierte el historiador cubano que esa misma diferencia se advierte en las obras de José Martín Félix de Arrate, hacia la mitad del XVIII, y del Conde de Pozos Dulces, casi un siglo más tarde. En ese período, «la cultura cubana pasa de la *topofilia* a la *logofilia*, del mito de la tierra insular al mito del alma nacional, de la imagen poética a la imagen moral de la patria. La generación de Varela, Saco, Del Monte y Luz convertirá este patriotismo ético ya no en un discurso, sino en una práctica civil, en un vínculo elitista o norma de sociabilidad exclusiva para los patricios blancos. La patria del criollo es un espacio público, sumamente estrecho, en cuyo interior el patriarcado exhibe sus virtudes y su filantropía, su erudición y su inconformidad, su moderación y su reformismo. Ni el sacarócrata ni el esclavo, ni el peninsular ni el africano, pertenecen a esta República Criolla»²⁹.

Martí constituye una tercera aproximación al problema, que supera el aristocratismo criollo de sus antecesores. El orden político criollo instaurado con la *Guerra de los Diez Años*, con la perpetuación de instancias oligárquicas, supone un estado reaccionario que perpetúa la división clasista de la sociedad y reordena el sistema racial. Y aunque Martí también habla de una «verdadera alma criolla», depurada en la guerra, en la emigración y en la pobreza que siguen a la contienda, alma que basa su fundamento «en la roca y en la arena», lo cierto es que su discurso ha perdido el carácter xenófobo o exclusivista de los teóricos precedentes. El cubano quiere echar su suerte «con los pobres de la tierra», y afirma que «el arroyo de la sierra / me complace más que el mar» (XVI, 67); asimismo, cuando publica su magno proyecto pedagógico, para la juventud cubana y latinoamericana, habla en uno de sus cuentos de una muñeca negra, fea y casi sin pelo, a la que todos

²⁹ Rafael Rojas, *José Martí: la invención de Cuba*, Madrid, Colibrí, 2000, págs. 128-129.

desprecian frente a la muñeca nueva, rubia, que acaba de ser regalada a la protagonista, por sus padres, el día de su cumpleaños. Por supuesto, la niña prefiere a la muñeca negra, a la que quiere porque nadie más se fija en ella. La obra conscientemente literaria de Martí está plagada de ejemplos de este tipo, tanto en la poesía como en la prosa o el teatro. Y lo mismo podría decirse de su obra política. El criollismo anterior es falso, y retrasa el proceso democratizador e independentista de Cuba, porque defiende un modelo social y político maniqueo, disgregante, desfasado, incompatible con un concepto moderno de República.

Martí construye un proyecto ecléctico, integrador, *mestizo*, gracias a su experiencia nómada. Aunque los versos «Yo vengo de todas partes / y hacia todas partes voy» (XVI, 63) tengan una explicación existencial y filosófica más grave, bien se puede decir que se trata de una declaración auténticamente biográfica. Martí encarna como nadie la idea de un *sedentarismo nomadista* que consiste en la aplicación constante de la idiosincrasia del país en el que vive a su estatuto actual. Hijo de españoles, nacido en Cuba, independentista desde la adolescencia gracias al magisterio de Mendive, es desterrado a España antes de llegar a la mayoría de edad. Allí vive cuatro años y escribe con la conciencia del español que comprende el caso cubano. En 1875 se instala en México con la familia y comienza una época de residencia en distintos países (Guatemala, Venezuela, Cuba, España de nuevo) hasta que se instala en los Estados Unidos a partir de 1881. En cada uno de ellos trata de compaginar su cubanía independentista con la comprensión de la identidad nacional del país en el que reside. Esto es particularmente importante en los últimos quince años de su vida, porque la hibridez se convierte ahora en paradoja dialéctica. Instalado «en las entrañas del monstruo», como le gustaba decir, Nueva York será para el cubano el símbolo de la opresión imperialista, que incide directamente en su isla, y también el único foco desde el cual se pueda entender, definir, describir y realizar el proyecto político de su patria: Cuba. Allí escribe sus más afamados artículos, muchas de sus cartas, la mayoría de sus poemas, los cuentos, allí redacta los estatutos del Partido Revolucionario Cubano y consigue el dinero

y el apoyo necesarios para comenzar esa guerra *necesaria*, que debería llevar al triunfo de la República inventada por él sobre las diferentes formas de dominación foránea.

Curiosamente, este teórico de la nación y la patria cubanas no llegó a ver la República. Su temprana muerte al comienzo de la guerra, en 1895, dejó sus ideas y sus escritos en el suspense más desanimante, que no culminó en 1898, con el final de la guerra, sino con la proclamación de la República en 1902, después de los cuatro años de dominio norteamericano. Quién sabe qué habría pasado si Martí hubiese sobrevivido a la guerra y fundado la República real. Es de suponer que eso nunca habría podido pasar, porque su idea de patria no se basaba tanto en paradigmas experienciales como en patrones morales de naturaleza utópica. De ahí su muerte. Hay quien apunta al suicidio. Otros hablan de inmolación, de entrega absoluta a la causa cubana independentista, una especie de misticismo mesiánico después del cual, desgraciadamente, no hay resurrección posible. Un Gólgota sin sepulcro vacío. Martí era, probablemente, consciente de la enorme distancia entre su ideal republicano moral y las posibilidades reales de llevar a cabo el proyecto. Supo hacer una revolución y concitar en torno a ella la voluntad de miles de comprometidos, y en la destrucción de la ropa apolillada sí aplicó todo su sentido pragmático. Sin embargo, cuando se trataba de construir un bloque de acción germinativa y duradera para un conjunto de isleños, sus observaciones no se vieron respaldadas por un sólido cuerpo doctrinal. De hecho, para conocer a fondo el ideal patriótico, político y social de Martí, hay que acudir a un montón de textos dispersos, algunos tangenciales, otros medulares, y todos fragmentarios, cuya disposición formal varía de la prosa al verso, del ensayo a la carta personal, del documento legal al diario íntimo.

Para comenzar, la escritura fundacional no descansa sobre la base de un texto legal o constitucional, sino sobre el síndrome romántico de la necesidad de la epopeya y de los personajes asimilados a ella: profetas, místicos, fundadores y mártires del pueblo cubano. Es decir, alrededor de una mitología que refrende el modo *natural* de un pueblo que debe constituirse en nación, y que debe, también de forma natural, tender a un

modelo republicano. Y esa mitología ya deseaba ser escrita por el prócer en una fecha muy temprana. De hecho, en el verano de 1878 escribe a su amigo Manuel Mercado:

¡Ahora que tenía casi terminada, con el amor y el ardor que Vd. me sabe, la historia de los primeros años de nuestra Revolución! —Había revelado a nuestros héroes, escrito con fuego sus campañas, intentando eternizar nuestros martirios! Con minucioso afán, había procurado enaltecer a los muertos y enseñar algo a los vivos. Ningún detalle me había parecido nimio. Todo lo hacía yo resplandecer con rayos de grandeza: —de su eterna grandeza—. ¡Y esta obra noble y filial de mi espíritu libre, irá ahora clavada como un crimen en el fondo de un baúl! —Mucho he de padecer en una tierra donde no puede entrar con semejante libro (XX, 54).

Un libro que, probablemente, nunca se comenzó a escribir, ya que no se ha encontrado jamás entre sus textos inéditos. Pero en ella estaría todo lo que se necesita para echar a andar como nación, un relato genesiaco, épico. Martí soñaba frecuentemente con los héroes, aquellos que se pasean por los claustros de mármol, como bien describe en uno de los poemas más conocidos de *Versos sencillos*. Sagazmente observaba Rafael Rojas que «el primer paso de la invención republicana de Cuba es la narrativa de un pasado épico, el despliegue de una densidad histórica o (...) la invención de una tradición (...). Varela, Saco, Del Monte, Luz son los padres fundadores del espíritu, los primeros evangelistas. Céspedes y Agramonte son los mártires y Maceo y Gómez los héroes»³⁰. La idea de «padres de la patria», que había sido aplicada con versatilidad a los protagonistas de las independencias de las repúblicas americanas ya libres, tenía también un correlato en la Cuba de la segunda mitad del XIX, y en ese olimpo fundacional isleño, a Martí le correspondía asimismo un lugar privilegiado. Eso no sólo lo ha corroborado la historia, sino que es el mismo cubano quien lo siente así y lo comunica sutilmente. Y lo hace, en primer lugar, por medio de la imagen que crea de sí

³⁰ Rafael Rojas, *op. cit.*, pág. 133.

mismo en los retratos y fotografías que conocemos, donde aparece siempre con unos rasgos similares, que evocan liderazgo, espíritu pensativo, valentía, seguridad en sí mismo, gravedad (a pesar de su juventud), etc. Pero también, y sobre todo, crea esa automitología con sus escritos y declaraciones, como aquella en la que le dice a Máximo Gómez que un pueblo no se *fund*a como se manda un campamento.

Y, paralelamente a los planteamientos políticos, su obsesión fundacional se extiende al mundo de la literatura. En 1882 prologa el *Poema del Niágara* del venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde y, más que unas palabras de homenaje o análisis, lo que encontramos en ese prólogo es todo un tratado sobre el carácter profético del poeta, en los tiempos de transición entre una sociedad tradicional y una contemporaneidad que se acerca velozmente y amenaza con alterar el sistema social de la Edad Moderna. Los poetas, los artistas de estos «ruines tiempos», son llamados «jóvenes eternos», «sentidores exaltables reveladores y veedores, hijos de la paz y padres de ella», los únicos que pueden oír y describir «las melodiosas profecías de la buena ventura de tiempos venideros», constantemente apagadas por «los ruidos de la guerra» (VII, 224). Porque los tiempos cambian, sobre todo en velocidad, y la voráGINE del progreso acarrea un estado de confusión que sólo el alma sensible y profética (veedora, fundacional) es capaz de poner en su sitio, interpretar y darle una salida colectiva digna. Es necesario, por tanto, un estilo de hombre del futuro que distinga los signos de los tiempos, ya que «se anhela incessantemente saber algo que confirme, o se teme saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboración del *nuevo estado social* hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria» (VII, 225).

Tan segura figuraba la conciencia fundacional de Martí con respecto a Cuba, que su tarea se planteó desde un principio como un deber. Y así discurrió hasta el último día de su vida. El 18 de mayo de 1895, horas antes de morir, redacta la siguiente carta a Manuel Mercado:

ya estoy todos los días en peligro de dar la vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio he tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin (XX, 161).

La lucha por definir la patria y adaptarla a su forma *natural* es un deber, que marca toda una vida. Y los términos y conceptos con que se explicita la obligación vuelven una y otra vez al vocabulario religioso, místico, mítico. «Cuando al peso de la cruz / El hombre morir resuelve, / Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve / Como en un baño de luz» (XVI, 101), dice en los *Versos sencillos*. En el fondo, la labor del fundador está más relacionada con la *mayéutica* socrática que con la pura elección de posibilidades políticas y sociales. Ese es quizá el escollo más importante que debe sortear el veedor, y el que le produce un dolor más acendrado y agudo. Inventar de la nada acarrea dificultades, pero conferir a la nación la silueta pública y colectiva que le corresponde por naturaleza es mucho más complicado, porque se trata de meter el pie en la horma exacta, el único calzado posible. Cada pueblo tiene un alma propia, y esa es la que hay que modelar. En *La Edad de Oro* adapta esta idea al alma del hombre individual, pero lo mismo se podría decir del pueblo: «Cada ser humano lleva en sí un hombre ideal, lo mismo que cada trozo de mármol contiene en bruto una estatua tan bella como la que el griego Praxiteles hizo del dios Apolo» (pág. 170). De hecho, en las últimas líneas de la carta a Manuel Mercado con la que prácticamente se despide de esta vida, relaciona la dignidad individual con el esfuerzo revolucionario que debe tender al fundador a guiar a su pueblo para que se identifique con el *alma* que lo mueve:

quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana, la misma alma de humanidad y decoro,

llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones (...). En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros (XX, 162).

Por eso, en *Nuestra América* señala que la incapacidad para gobernar no está «en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos», procedentes de Europa o América del Norte. El gobierno —continúa— «ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país». Y concluye con uno de los párrafos más singulares y conocidos de toda la teoría política en la historia de América Latina, que ha dado nombre a la idea del mestizaje:

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la Naturaleza. El hombre natural es bueno y acata y premia la inteligencia superior, mientras esta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder, y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador (VI, 17).

Como ya dijimos al principio, la mayor parte de los relatos de Martí son los que aparecieron, durante 1889, en *La Edad de Oro*. Sin embargo, hay más cuentos, fábulas, narraciones cortas y fragmentos en elaboración, que fueron recogidos en el volumen 21 de las obras completas que hemos utilizado en las citas de toda la obra martiana. Y uno más, no incluido en las obras completas, al ser publicado sin firma el 17 de octubre de 1875 en la *Revista Universal* de México. Se trata de «Hora de lluvia», uno de los primeros relatos que Martí escribió, y el primero que publicó. Fue descubierto por Fina García Marruz y reproducido, demostrándose la autoría, en el *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, 4 (1981), págs. 6-10. En la introducción se afirma que la atribución «es segura, por numerosos rasgos de pensamiento y de estilo y por el autorretrato caricaturesco (coincide con un dibujo que aparece en un cuaderno de apuntes de Martí en España), así como por la fecha del envío y la destinataria del cuento: Blanca de Montalvo, novia juvenil de Martí en Zaragoza, a la que también alude él en el poema «Cartas de España» y en la estrofa final del poema VII de *Versos sencillos*». Este cuento no ha sido reproducido en ninguna edición de la narrativa corta martiana hasta el momento.

En cuanto a los relatos y fragmentos de los cuadernos de apuntes hemos encontrado diecisiete, casi todos de pocas líneas. En el cuaderno núm. 2, de la época española (1871-1874), hay ocho fábulas de necios, muy cortas, con cierto contenido moral o didáctico y herederas de la tradición literaria occidental grecolatina y medieval popular, una recreación de la parábola evangélica del hijo pródigo y varios fragmentos cortos de los que, a nuestro juicio, sólo tres tienen cierto carácter de narración, al poseer un mínimo argumento: «Al amor», «A la paloma» y «A la cigarra» de claro sabor clásico grecolatino. En el cuaderno núm. 9, de 1882, hemos encontrado dos fábulas: la del oso y su dueño, y la de los tres que se repartieron un tesoro. Por último, en el cuaderno núm. 18, de 1884, se encuen-

tra el relato más original —fuera de los de *La Edad de Oro*—, mejor elaborado y de mayor fuerza expresiva de Martí, que hemos titulado «Cuchillo de plata fina», y otro más, titulado «El drama». Al estar escritos en cuadernos de apuntes, y no preparados para ser publicados, algunos contienen arcaísmos, anacolutos, finales inconclusos, y expresiones personales que hemos respetado en su mayoría, corrigiendo únicamente erratas claras o problemas gramaticales que pudieran dar dudas de interpretación.

Esta edición

Para los cuentos de *La Edad de Oro* hemos utilizado como texto base la edición facsimilar realizada por el Centro de Estudios Marianos en Letras Cubanas, 1989, 2.^a ed., corrigiendo con el contenido de la publicación de la revista, y el volumen XVIII de la edición ya citada de las obras completas, págs. 293-303, respetando en su mayor parte el particular de terna de puntuación de Martí, modernizando únicamente problemas técnicos como variaciones entre *ya* y *ya*, *de* y *de*, *de* y *de*, *de* y *de*, y la actualización de los modismos que en aquella época era preceptiva o la sustitución de la marca acronial en los grupos vocálicos «-de, -de» etc.

Por otra parte, se han uniformado los diversos tamaños de mayúsculas que tanto la edición facsimilar como la de las obras completas poseen. La edición de las obras completas corrigió algunas erratas claras que aparecen en la de 1889, erratas que también hemos seguido en la nuestra, aprovechando para disminuir las que todavía se conservaban en las últimas ediciones. Asimismo, los nombres propios se han adaptado a la ortografía actual ya que muchos de ellos no se escribían en la misma forma en el siglo XIX.

El cuento «Hora de lluvia» ha sido tomado de la versión que aparece en el *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, la cual reproduce con exactitud el original de la *Revista Universal* de 1875. Por último, los relatos de los cuadernos de apuntes coinciden con los del volumen XXI de las obras completas, unificada. Al final de cada uno de ellos se ha colocado, entre paréntesis, la página donde aparece en la edición consultada.

un el relato más original—fuera de los de La Edad de Oro—
mejor elaborado y de mayor fuerza expresiva de Martí que
El hacha. Al estar escritas en cuadernos de apuntes y no
preparadas para ser publicadas, contienen acendrados
maticos, finitas maticos, y expresiones personales que
hiciera respetado en su mayor, corrigiendo únicamente en
las citas o problemas gramaticales que pudieran ser dudas de
interpretación.
En la edición de esta obra se han respetado los errores de
la edición de 1935 de la Editorial de México. Se trata de
una obra que forma parte de las primeras ediciones de Martí
y el primer que publicó por el Centro de Estudios Martianos
de México y reproducción autorizada por el Centro de
Estudios Martianos de México (1989), pag. 6-7.
En la edición de esta obra se han respetado los errores de
la edición de 1935 de la Editorial de México. Se trata de
una obra que forma parte de las primeras ediciones de Martí
y el primer que publicó por el Centro de Estudios Martianos
de México y reproducción autorizada por el Centro de
Estudios Martianos de México (1989), pag. 6-7.
En la edición de esta obra se han respetado los errores de
la edición de 1935 de la Editorial de México. Se trata de
una obra que forma parte de las primeras ediciones de Martí
y el primer que publicó por el Centro de Estudios Martianos
de México y reproducción autorizada por el Centro de
Estudios Martianos de México (1989), pag. 6-7.

En la edición de esta obra se han respetado los errores de
la edición de 1935 de la Editorial de México. Se trata de
una obra que forma parte de las primeras ediciones de Martí
y el primer que publicó por el Centro de Estudios Martianos
de México y reproducción autorizada por el Centro de
Estudios Martianos de México (1989), pag. 6-7.
En la edición de esta obra se han respetado los errores de
la edición de 1935 de la Editorial de México. Se trata de
una obra que forma parte de las primeras ediciones de Martí
y el primer que publicó por el Centro de Estudios Martianos
de México y reproducción autorizada por el Centro de
Estudios Martianos de México (1989), pag. 6-7.
En la edición de esta obra se han respetado los errores de
la edición de 1935 de la Editorial de México. Se trata de
una obra que forma parte de las primeras ediciones de Martí
y el primer que publicó por el Centro de Estudios Martianos
de México y reproducción autorizada por el Centro de
Estudios Martianos de México (1989), pag. 6-7.

El primer que publicó por el Centro de Estudios Martianos
de México y reproducción autorizada por el Centro de
Estudios Martianos de México (1989), pag. 6-7.
En la edición de esta obra se han respetado los errores de
la edición de 1935 de la Editorial de México. Se trata de
una obra que forma parte de las primeras ediciones de Martí
y el primer que publicó por el Centro de Estudios Martianos
de México y reproducción autorizada por el Centro de
Estudios Martianos de México (1989), pag. 6-7.

Esta edición

Para los cuentos de *La Edad de Oro* hemos utilizado como
textos base la edición facsimilar realizada por el Centro de Es-
tudios Martianos, en Letras Cubanas, 1989, 2.ª ed., coinci-
diendo con el centenario de la publicación de la revista, y el
volumen XVIII de la edición ya citada de las obras completas,
págs. 293-503, respetando en su mayor parte el particular sis-
tema de puntuación de Martí, modernizando únicamente
problemas básicos como vacilaciones entre *b/v, j/g, c/z* o pre-
sencia/ausencia de «h» inicial, y la acentuación de los mono-
silabos, que en aquella época era preceptiva, o la ausencia de
la marca acentual en los grupos vocálicos «-ía», «-ío», etc.

Por otra parte, se han uniformado los diversos tamaños de
mayúsculas que tanto la edición facsimilar como la de las obras
completas poseen. La edición de las obras completas corrige
algunas erratas claras que aparecen en la de 1889, criterio que
también hemos seguido en la nuestra, aprovechando para eli-
minar las que todavía se conservaban en las últimas edicio-
nes. Asimismo, los nombres propios se han adaptado a la or-
tografía actual, ya que muchos de ellos no se escribían de la
misma forma en el siglo XIX.

El cuento «Hora de lluvia» ha sido tomado de la versión
que aparece en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, la
cual reproduce con exactitud el original de la *Revista Universal*
de 1875. Por último, los relatos de los cuadernos de apuntes
coinciden con los del volumen XXI de las obras completas uti-
lizadas. Al final de cada uno de ellos se ha colocado, entre pa-
réntesis, la página donde aparece en la edición consultada.

Debemos agradecer al profesor Schulman, de la Universidad de Illinois, sus continuos consejos, utilísimos, y su ayuda para conseguir alguno de los textos. De igual modo, nuestro agradecimiento a Carlos Morales por facilitarnos la edición facsímil de *La Edad de Oro*.

Esta edición

Para los cuentos de *La Edad de Oro* hemos utilizado como textos base la edición facsímil realizada por el Centro de Estudios Marianos en *Estas Cubanas*, 1989, 2.^a ed., con el debido consentimiento de la publicación de la revista y el volumen XVIII de la edición varonés de las obras completas, páginas 293-303, respetando en su mayor parte el particular sistema de puntuación de Martí, modernizando únicamente problemas técnicos como variaciones entre *de* y *del* o *para* y *para* y la actualización de los signos de puntuación de *de* y *del*, y la actualización de los signos de puntuación de *de* y *del* por *de* y *del*, o la actualización de la marca accented en los grupos vocálicos -*de*-*del*, etc.

Por otra parte, se han uniformado los diversos tamaños de márgenes que tanto la edición facsímil como la de las obras completas poseen. La edición de las obras completas contiene algunas erratas que aparecen en la de 1888, erratas que también hemos corregido en la nuestra, aprovechando para eliminar las que no se conservaban en las últimas ediciones. Asimismo, los nombres propios se han adaptado a la ortografía actual, ya que muchos de ellos no se escribían de la misma forma en el siglo XIX.

El cuento «Hora de llevar» ha sido tomado de la versión que aparece en el *Manuscrito del Centro de Estudios Marianos*, la cual reproduce con exactitud el original de la Revista Cubana de 1875. Por último, los textos de los cuentos de algunas coincidencias con los del volumen XXI de las obras completas uniformados. Al final de cada uno de ellos se ha colocado, entre paréntesis, la página donde aparece en la edición consultada.

Cronología martiana

- 1853 28 de enero: nace en La Habana.
- 1857 Junio: viaja con la familia a España.
- 1859 Junio: vuelve a La Habana. El mes siguiente comienza sus estudios.
- 1860 Estudia en el colegio San Anacleto. Allí conoce a Fermín Valdés.
- 1863 Viaja con su padre hasta las Honduras Británicas.
- 1865 Marzo: entra en la Escuela de Instrucción Primaria Superior Municipal de Varones, dirigida por Mendive.
- 1867 30 de septiembre: comienza el segundo año de bachiller en el colegio de San Pablo.
- 1868 26 de abril: publica sus primeros versos en *El Álbum*.
- 1869 19 de enero: publica su primer artículo en *El Diablo Cojuelo*.
23 de enero: ve la luz su drama *Abdala*.
28 de enero: es detenido Mendive por independentista.
Febrero: publica el soneto «10 de octubre».
4 de octubre: acusan a varios jóvenes amigos, entre ellos Martí, de insurrección. Días más tarde ingresa en la cárcel.
- 1870 4 de marzo: condenado a seis años de presidio.
4 de abril: destinado a las Canteras de San Lázaro.
Agosto: destinado a la cigarrería y luego a La Cabaña.
18 de diciembre: se ordena su deportación a España.
- 1871 15 de enero: sale deportado rumbo a Europa.
31 de mayo: solicita matrícula en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid.
Julio: publica su obra *El presidio político en Cuba*.
7 de septiembre: polémica con el periódico *La Prensa* desde las páginas de *El Jurado Federal*.
- 1872 Junio: llega, deportado, a Madrid, Fermín Valdés.
31 de agosto: se matricula en varias asignaturas de Derecho.

- 1873 15 de febrero: publica *La República española ante la revolución cubana*.
 Mayo: pide traslado a la Universidad de Zaragoza y se le concede a los pocos días. A fin de mes solicita la admisión.
- 1874 Febrero: termina en Zaragoza su obra *Adúltera*.
 30 de junio: tras examinarse de Bachiller y obtener el título, se gradúa de Licenciado en Derecho Civil y Canónico.
 31 de agosto: se matricula en varias asignaturas de Filosofía y Letras. Al mes siguiente se examina de la mayoría de ellas.
 24 de octubre: se licencia con calificación de sobresaliente.
 Noviembre: abandona España, va a París, Liverpool, etc.
- 1875 2 de enero: sale para Nueva York y México, llega el 10 de febrero.
 12 de marzo: comienza a publicar la traducción de *Mes fils* de Víctor Hugo en la *Revista Universal*.
 19 de diciembre: estrena en el Teatro Principal de México su obra *Amor con amor se paga*, con gran éxito.
- 1876 28 de enero: funda la sociedad Alarcón.
 31 de enero: pronuncia un discurso en la Academia de Bellas Artes de San Carlos.
 20 de febrero: comienza a colaborar en *El Socialista*.
 29 de diciembre: sale hacia Cuba.
- 1877 6 de enero: llega a La Habana y pasa allí un mes y medio.
 Abril: llega a Guatemala. Enseña en la Escuela Normal.
 29 de mayo: es nombrado catedrático de literatura y de historia de la filosofía en la Universidad.
 25 de julio: nombrado vicepresidente de la sociedad «El Porvenir».
 20 de diciembre: se casa en México con Carmen Zayas Bazán.
- 1878 Enero: publica en México su obra *Guatemala*.
 Marzo: es cesado de su empleo en la universidad.
 27 de julio: parte con su esposa para Cuba.
 22 de noviembre: nace en La Habana su hijo José Francisco.
- 1879 Durante los primeros meses pronuncia discursos, participa en actividades del Liceo de Guanabacoa, etc.
 17 de septiembre: detenido por defender la libertad de Cuba.
 25 de septiembre: deportado a España. Llega a Santander el 11 de octubre, y el 22 a Madrid.
 Diciembre: sale a París y a fin de mes va a Nueva York.
- 1880 3 de enero: llega a América. Esos meses pronuncia discursos en pro de Cuba y colabora en varios periódicos.
 3 de marzo: su mujer y su hijo van con él a Nueva York, permaneciendo hasta octubre.
- 1881 8 de enero: sale para Venezuela. Allí comienza más tarde a colaborar en diarios e impartir enseñanza.

- 1 de julio: publica el primer número de la *Revista Venezolana*. Días más tarde sale el segundo y último número. A fin de mes sale para Nueva York, y allí colabora con varios periódicos.
- 1882 Marzo: aparece su primer libro de poemas, *Ismaelillo*. Empieza a escribir sus *Versos libres*, publicados póstumamente.
 15 de julio: comienza a colaborar con *La Nación* de Buenos Aires.
 20 de julio: en sus cartas previene del peligro de anexión a los Estados Unidos.
- 1883 12 de mayo: publica en *La América* de Nueva York. Más tarde continúa las traducciones y pronuncia discursos.
- 1884 15 de enero: dirige *La América* y es corresponsal de la Sociedad Amigos del Saber de Caracas.
 Mayo: hasta octubre es cónsul de Uruguay.
 20 de octubre: se separa de los planes de Maceo y Gómez por disparidad de criterios de actuación.
- 1885 Durante ese año publica por entregas en *El Latino Americano* su novela *Amistad funesta*.
- 1886 Colabora en varios periódicos latinoamericanos y vuelve al consulado uruguayo.
- 1887 2 de febrero: muere su padre en La Habana.
 16 de abril: Vuelve a ser cónsul de Uruguay.
 Septiembre: acaba de traducir la novela *Ramona*, de Jackson.
 Octubre: pronuncia discursos, colabora en diarios y anima a no precipitar el intento de insurrección.
- 1888 16 de junio: participa en la fundación del club «Los Independientes».
 23 de septiembre: nombrado corresponsal de la Academia de Ciencias y Bellas Artes de San Salvador.
 12 de octubre: es corresponsal en Estados Unidos y Canadá de la Asociación de la Prensa Argentina
- 1889 25 de marzo: publica su «Vindicación de Cuba».
 Julio: sale el primer número de *La Edad de Oro*.
 30 de noviembre: discurso en honor de José María Heredia.
- 1890 22 de enero: funda y dirige «La Liga», sociedad para el auxilio de negros cubanos y portorriqueños.
 24 de julio: nombrado cónsul de Argentina en Nueva York. Más tarde lo será también de Paraguay.
 23 de diciembre: delegado del gobierno uruguayo en la Comisión Monetaria Internacional.
- 1891 1 de enero: publica *Nuestra América* en la *Revista Ilustrada* de Nueva York.
 6 de junio: participa en el homenaje a Centroamérica de la Sociedad Literaria Hispano-Americana.

- Octubre: publica los *Versos sencillos*. Más tarde acude a diversas reuniones de carácter independentista.
- 24 de diciembre: numerosos cubanos lo reciben en Cayo Hueso.
- 1892 Enero: tras varias entrevistas con militares y políticos, se redactan los estatutos del Partido Revolucionario Cubano.
- 14 de marzo: dirige el recién fundado periódico *Patria*.
- 8 de abril: es elegido dirigente de la organización revolucionaria. En mayo pide a Gonzalo de Quesada que se ocupe de la secretaría de la Delegación del Partido.
- 29 de junio: se elige responsable militar del partido a Máximo Gómez, a instancias de Martí. A finales de agosto, éste se reúne con Gómez en la República Dominicana y le ofrece el cargo.
- 1893 Los primeros meses continúa sus viajes proselitistas.
- 24 de mayo: conoce a Rubén Darío en Nueva York.
- 3 de junio: se reúne en Montecristi con Máximo Gómez.
- 30 de junio: con Maceo, visita al presidente de Costa Rica.
- 1894 27 de enero: publica su artículo «A Cuba», denunciando la cooperación hispano-estadounidense, nada favorable para Cuba.
- 10 de abril: reelegido Delegado del Partido por segunda vez.
- 5 de junio: se reúne nuevamente con Maceo en Costa Rica. Inicia una nueva serie de viajes por Latinoamérica.
- 8 de diciembre: redacta el plan de alzamiento, con Rodríguez y Collazo, y lo envía a la Isla.
- 1895 12 de enero: delatado el plan, el gobierno de los Estados Unidos detiene el vapor *Lagonda*, y fracasa el golpe.
- 29 de enero: redactado un nuevo plan por los mismos autores, es enviado a Juan G. Gómez, que se encuentra en la Isla.
- 7 de febrero: Máximo Gómez le recibe en Montecristi. A fin de mes recibe la noticia del comienzo de la guerra.
- 25 de marzo: firma con M. Gómez el *Manifiesto de Montecristi*.
- 1 de abril: manda a G. de Quesada su testamento literario.
- 11 de abril: desembarca en la Isla junto con otros compañeros.
- 15 de abril: nombrado Mayor General del Ejército Libertador.
- 25 de abril: se reúne con Maceo y sus tropas.
- 3 de mayo: envía un manifiesto, con Gómez, al *New York Herald*.
- 13 de mayo: llegan a Dos Ríos.
- 17 de mayo: sale Gómez con decenas de hombres a hostilizar a Ximénez de Sandoval. Martí permanece en el campamento. Redacta la inconclusa carta a Mercado.
- 19 de mayo: cae Martí en combate, habiéndose adelantado peligrosamente. Su cadáver queda en poder de los españoles, y es trasladado posteriormente a Santiago de Cuba.

Bibliografía

PRINCIPALES OBRAS DE MARTÍ (PRIMERAS EDICIONES)

- El presidio político en Cuba*, Madrid, 1871.
- La República española ante la revolución cubana*, Madrid, 1873.
- Amor con amor se paga*, México, 1876.
- Guatemala*, México, 1878.
- Ismaelillo*, Nueva York, Thompson y Moreau, 1882.
- Amistad funesta*, Nueva York, 1885.
- La Edad de Oro*, Nueva York, 1889.
- Versos sencillos*, Nueva York, Louis Weiss and Co, 1891.

EDICIONES DE OBRAS COMPLETAS MÁS RELEVANTES

- Obras del maestro*, La Habana, Ed. Gonzalo de Quesada, 1900-1919, 15 vols.
- Obras completas*, La Habana, Trópico, 1936-1953, 74 vols.
- La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1975, 2.ª ed., 28 vols.
- edición crítica, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Casa de las Américas, 1983, varios vols. hasta la fecha.

ALGUNAS EDICIONES DE «LA EDAD DE ORO»

- La Edad de Oro*, edición de Emilio Roig de Leuchsenring, La Habana, Cultural, 1932.
- prólogo de Mauricio Magdaleno, México, Editorial de la Secretaría de Educación, 1942.
- edición de Fryda Schultz de Mantovani, Buenos Aires, Raigal, 1953.
- Barcelona, Bruguera, 1960.
- Lima, Imprenta Torres Aguirre, 1960.
- Miami, V. Alonso, 1963.
- La Habana, Editora Nacional/Ed. Juvenil, 1964.

- Buenos Aires, Editorial Nueva Senda, 1972.
- edición de Víctor Julio Peralta, San José, Editorial Costa Rica, 1977.
- edición facsimilar, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Editorial Letras Cubanas, 1980.
- prólogo de Guillermo Saravia, Lima, Editorial El Quijote, 1987.
- edición de Gastón Baquero, Barcelona, Mondadori, 1990.
- Cuentos completos (La Edad de Oro y otros relatos)*, edición de Ángel Esteban, Barcelona, Anthropos, 1995.
- Cuentos para la edad de oro*, selección y edición de Ángel Esteban y Sergio Munuera, Granada, Método Ediciones, 2000.
- La Edad de Oro*, edición crítica de Eduardo Lolo, Miami, Ediciones Universal, 2001.
- edición de Emma Claggett, Matanzas, Ediciones Vigía, 2002.

ALGUNOS ESTUDIOS GENERALES SOBRE LA OBRA MARTIANA

- AÍNSA, Fernando, «Creencias del aldeano vanidoso: la utopía de *Nuestra América* de José Martí», *Cuadernos Americanos*, 17, 2 (2003), págs. 56-71.
- ALEMANY, Carmen et al., *José Martí: historia y literatura ante el fin del siglo XIX*, Alicante, Universidad de Alicante/Casa de las Américas, 1997.
- AUGIER, Ángel, *Acción y poesía en José Martí*, La Habana, Letras Cubanas, 1982.
- BALLÓN, José, *Anatomía cultural americana: Emerson y Martí*, Madrid, Pliegos, 1986.
- CAIRO, Ana (ed.), *Letras. Cultura en Cuba*, La Habana, Pueblo y Educación, 1989, 2 vols.
- En torno a José Martí*, Coloquio Internacional, Burdeos, Éditions Biere, 1974.
- ESTEBAN, Ángel, *La modernidad literaria de Bécquer a Martí*, Granada, Impredisur, 1992. Finalista del Premio Casa de las Américas 1991.
- *José Martí. El alma alerta*, Granada, Comares, 1995.
- «La imagen de Martí en la época revolucionaria», *RILCE*, 15, 1 (1999), págs. 215-225.
- *Bécquer en Martí y en otros poetas hispanoamericanos finiseculares*, Madrid, Verbum, 2003.
- ETTE, Tomar, *José Martí. Apóstol, poeta, revolucionario: una historia de su recepción*, México, UNAM, 1995.
- y HEIDENREICH, Titus, *José Martí (1853-1895): literatura, política, filosofía, estética: 10º Coloquio interdisciplinario de la Sección Latinoamericana del Instituto Central de la Universidad de Erlangen-Nürnberg*, Frankfurt am Main, Vervuert, 1994.

- GONZÁLEZ, M. P., *Antología Crítica de José Martí*, México, Ed. Cultura, 1960.
- *Indagaciones martianas*, La Habana, Imprenta Nacional, 1961.
- y SCHULMAN, Iván, *Martí, Dario y el Modernismo*, Madrid, Gredos, 1969.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, Luis (ed. e introd.), *José Martí: Estudios en conmemoración del sesquicentenario de su natalicio (1853-2003)*, Boulder (Colorado), Society of Spanish-American Studies, 2003.
- JIMÉNEZ, J. O., *La raíz y el ala: aproximaciones críticas a la obra literaria de José Martí*, Valencia, Pre-Textos, 1993.
- MAÑACH, Jorge, *Martí, el Apóstol*, Madrid, Espasa Calpe, 1975, 6.ª ed.
- MARINELLO, Juan, *Dieciocho ensayos martianos*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1980.
- MORALES, Carlos Javier, *La poética de José Martí y su contexto*, Madrid, Editorial Verbum, 1994.
- RAMOS, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México, FCE, 1989.
- REXACH, Rosario, *Estudios sobre Martí*, Madrid, Playor, 1985.
- RODRÍGUEZ-LUIS, Julio, *Re-Reading José Martí (1853-1895): One Hundred Years Later*, Albany (Nueva York), State University of New York Press, 1999.
- ROIG DE LEUCHSENRING, Emilio, *El pensamiento político de Martí*, La Habana, 1960.
- ROJAS, Rafael, *José Martí: la invención de Cuba*, Madrid, Colibrí, 2000.
- ROJAS PÉREZ, Walter, *José Martí: el indio, el negro y el entorno revolucionario*, San José de Costa Rica, Nuevo Paradigma, 2005.
- ROTKER, Susana, *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, La Habana, Casa de las Américas, 1992, Premio Casa de las Américas 1991.
- SCHULMAN, Iván, *Génesis del Modernismo: Martí, Nájera, Silva, Casal*, México, Colegio de México, 1968, 2.ª ed.
- *Símbolo y color en la obra de José Martí*, Madrid, Gredos, 1970, 2.ª ed.
- VAL JULIÁN, Carmen (ed.), *José Martí: Créateur*, Paris, Ellipses, 1995.
- VITIER, Cintio y GARCÍA MARRUZ, Fina, *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969.

SOBRE EL CUENTO HISPANOAMERICANO

- BENAVIDES, Rosamel, *Desarrollo y transformaciones del cuento hispanoamericano en el siglo XIX: demandas y expectativas*, Nueva York, Peter Lang, 1995.
- HAHN, Oscar, *Fundadores del cuento fantástico hispanoamericano: antología comentada*, Barcelona, Editorial Andrés Bello, 1998.

- HERNÁNDEZ MIYARES, Julio y RELA, Walter, *Antología del cuento modernista hispanoamericano*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1987.
- LAстра, Pedro, *El cuento hispanoamericano del siglo XIX*, Santiago de Chile, Universitaria, 1972.
- LEAL, Luis, *Historia del cuento hispanoamericano*, México, De Andrea, 1971.
- MARTÍNEZ, Juana, «El cuento hispanoamericano del siglo XIX», en Luis Íñigo (ed.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. II, Madrid, Cátedra, 1987, págs. 229-243.
- MENTON, Seymour, *El cuento hispanoamericano: antología crítico-histórica*, México, FCE, 1980.
- MINARDI, Giovanna, *Historia del cuento hispanoamericano*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2003.
- MUNGUÍA, Martha Elena, *Elementos de poética histórica: el cuento hispanoamericano*, México, El Colegio de México, 2002.
- MUÑOZ, Antonio, *El cuento hispanoamericano ante la crítica*, Madrid, Castalia, 1973.
- OVIEDO, José Miguel, *Antología crítica del cuento hispanoamericano: del romanticismo al criollismo (1830-1920)*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- PALAZUELOS, Juan Carlos, *El cuento hispanoamericano como género literario*, Santiago de Chile, RIL Editores, 2003.
- PUPO-WALKER, Enrique, «El cuento modernista: su evolución y características», en Luis Íñigo (ed.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, ed. cit., págs. 515-522.

ESTUDIOS PRINCIPALES SOBRE «LA EDAD DE ORO»

- AGUIRRE, Mirta, «La Edad de Oro y las ideas martianas sobre la educación», *Lyceum*, 9, 33-34 (1953), págs. 33-58.
- ALBORNOZ, Aurora de, «José Martí: el mundo de los niños contado en el lenguaje infantil», *Ínsula*, 37, 248-249 (1982), págs. 4-6.
- ALMENDROS, Herminio, *A propósito de «La Edad de Oro». Notas sobre literatura infantil*, La Habana, Ed. Gente Nueva, 1972, 2.ª ed.
- ARIAS, Salvador, «Martí como escritor para niños», en *Búsqueda y análisis*, La Habana, UNEAC, 1974, págs. 58-88.
- (ed. y pról.), *Acerca de «La Edad de Oro»*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, Letras Cubanas, 1989.
- *Glosando «La Edad de Oro»*, La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 2001.
- BARROS SILVIA, A., «La literatura para niños, de José Martí en su época», en J. O. Jiménez (ed.), *Estudios críticos sobre la prosa modernista hispanoamericana*, Nueva York, Eliseo Torres & Sons, 1975, págs. 107-119.

- CAIRO, Ana, *El padre Las Casas/José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001.
- CALLEJAS, Bernardo, «El ideario latinoamericano en *La Edad de Oro*», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 4 (1981), págs. 131-138.
- CAMPOAMOR, Fernando G., «La Edad de Oro de José Martí, texto de los niños cubanos», *Hispania*, 24, 2 (1941), págs. 178-179.
- CÁNOVAS PÉREZ, Alejandro, «El narrador y el espacio en «Los zapaticos de rosa»», *Universidad de La Habana*, 231 (1989), págs. 57-73.
- CEREZAL, Fernando, «Enseñar con ternura y sabiduría: las concepciones pedagógicas de José Martí», *Central Institute of English and Foreign Languages Bulletin*, 7, 1-2 (1995), págs. 59-76.
- CHACÓN y CALVO, J. M., «Los dos príncipes», *Boletín de la Academia Cubana de la Lengua*, 8, 1-2 (1954), págs. 56-63.
- ESTEBAN, Ángel, «La obra pedagógica de Martín Gaité y José Martí», en Miguel Ángel Garrido Gallardo (ed.), *Estudios de Literatura Española de los siglos XIX y XX: Homenaje a Juan María Díez Taboada*, Madrid, CSIC, 1998, págs. 853-859.
- FLORES VARONA, Félix, *Trasposos de «La Edad de Oro»*, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2003.
- FOUNTAIN, Anne, «Ralph Waldo Emerson and Helen Hunt Jackson in *La Edad de Oro*», *SECOLAS Annals*, 22 (1991), págs. 44-50.
- FRASER, Howard M., «La edad de oro and José Martí's Modernist Ideology for Children», *Revista Interamericana de Bibliografía*, 42, 2 (1992), págs. 223-232.
- GALLEGO, Emilia, «Apuntes sobre la presencia de la magia en *La Edad de Oro*», *Universidad de La Habana*, 229 (1987), págs. 165-171.
- *No hay patria sin virtud. Un acercamiento a la esencia medular del sistema de valores patrios en «Cartas a Elpidio» y «La Edad de Oro»*, La Habana, Ediciones Unión, 1997.
- *Por qué y para quién se escribe «La Edad de Oro»*, La Habana, Editorial Academia, 1999.
- GARCÍA MARRUZ, Fina, «La Edad de Oro», en *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969, págs. 293-304.
- GUTIÉRREZ, José Antonio, *Ese niño de «La Edad de Oro»*, La Habana, Editorial Gente Nueva, 1998.
- HERNÁNDEZ MIYARES, Julio E., «José Martí y los cuentos de *La Edad de Oro*», *Nuez*, 3, 8-9 (1991), págs. 17-19.
- IZQUIERDO MILLER, Inés, «José Martí y su vocación pedagógica», *Espejuelo: Revista de Estudios Literarios*, 23 (2003), sin paginación (revista electrónica).
- JORGE VIERA, Elena, «Notas sobre la función de *La Edad de Oro*», *Universidad de La Habana*, 198-199 (1973), págs. 39-56.

- KLEIN, L. B., «Ficción y magisterio en la narrativa de José Martí: La muñeca negra», *Quaderni Ibero-Americani*, 47-48 (1975-1976), págs. 372-377.
- LLÓPIZ CUDEL, Jorge Luis, «En torno a Nené traviesa», *Universidad de La Habana*, 231 (1989), págs. 47-55.
- LOLO, Eduardo, *Mar de espuma: Martí y la literatura infantil*, Miami, Ediciones Universal, 1995.
- «F. R. Kreutzwald, E. De Laboulaye y José Martí: aventuras y aventuras de una traducción», *Círculo: Revista de Cultura*, 25 (1996), págs. 235-240.
- «José Martí y los niños de todas las edades», *Caribe*, 4, 1 (2001), págs. 24-39.
- LONGHINI, Nora, «Observaciones comparatísticas en relatos de Andersen, Martí y Denevi», en Martha Vanbiesem (ed. y pról.), *II Coloquio Internacional de Literatura Comparada: El Cuento, I y II*, Buenos Aires, Fundación María Teresa Maiorana, 1995, págs. 70-77.
- LOPEZ TERRERO, Liana, «Notas sobre el estilo martiano en *La Edad de Oro*», *Universidad de La Habana*, 235 (1989), págs. 131-142.
- LUKIN, Boris, «Versión martiana de un cuento popular de Estonia», en S. Arias, *Acerca de la «Edad de Oro»*, ed. cit., págs. 306-329.
- MATHEWS, Daniel, «Martí y los niños», *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, 9 (1998), sin paginación (revista electrónica).
- MIRANDA CANCELA, Elina, «Leyendo en *La Edad de Oro*: «La Iliada, de Homero»», *Universidad de La Habana*, 240 (1991), págs. 39-53.
- POZO CAMPOS, Ester, «La composición en tres cuentos de *La Edad de Oro*», *Universidad de La Habana*, 235 (1989), págs. 119-130.
- RÍOS VICENTE, Enrique, «Martí, máximo comunicador del siglo XIX: infancia y juventud», en Antonio Ruiz Castellanos et al., *Retórica y texto*, Cádiz, Universidad, 1998, págs. 462-465.
- SABOURÍN, Jesús, «Filosofía social en «Los zapaticos de rosa»», en *Amor y combate (algunas antinomias en José Martí)*, La Habana, Casa de las Américas, 1974, págs. 53-55.
- SCHULTZ DE MANTOVANI, Fryda, «*La Edad de Oro* de José Martí», *Cuadernos Americanos*, 12, 1 (1953), págs. 217-235.
- SERNA ARNAIZ, Mercedes, «Estética e ideología en *La Edad de Oro* de José Martí: «La muñeca negra»», *Notas y estudios filológicos*, 9 (1994), págs. 193-213.
- TOLEDO SANDE, Luis, «Los cuentos de José Martí y Rubén Darío. Apuntes para un viaje a la semilla», en Ana Cairo, *Letras. Cultura en Cuba*, ed. cit., págs. 453-471.

La Edad de Oro y otros relatos